REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XXVIII — San José, Costa Rica **1934** Sábado 20 de Enero — Núm. 3

Año XV. No. 667

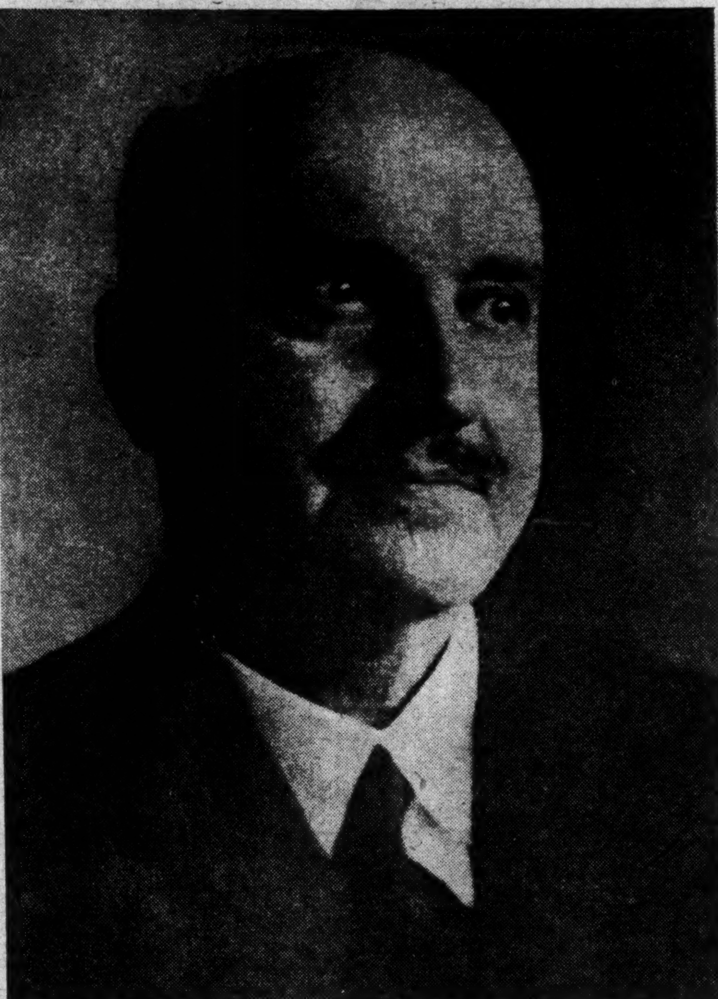
SUMARIO

Breve historia de mis opiniones

= De *Sur*, Buenos Aires, Rep. Argentina. Traducción de *Antonio Marichalar*. =

¿Cómo un muchacho, nacido en España, de padres españoles, llegó a ser educado en Boston y a escribir en inglés? El caso de mi familia no es frecuente. No éramos emigrantes; ninguno de nosotros había cambiado de patria, de clase, ni de religión; mas circunstancias especiales nos habían proporcionado puntos de referencia familiar en opuestas demarcaciones geográficas. Y ahora, que casi nos hemos extinguido (por lo menos aquellos de nosotros que tienen esa mezcla) puedo afirmar que hemos demostrado una especial consistencia, dentro de nuestras complejas alianzas, combinándolas todo lo mejor que pueda permitir la lógica, y no consintiendo que el corazón renegase de nada. Mi filosofía, en especial, puede ser considerada como una síntesis de estas diversas tradiciones, o también como un intento de enfocarlas de modo que se justifiquen sus orientaciones opuestas. Yo no aseguro que sea éste el origen de mi sistema; en todo caso su justificación sería un problema distinto.

Pretendo únicamente describir, lo mejor que pueda, las influencias bajo las cuales he vivido, y dejar a la consideración del lector averiguar, si le interesa, hasta qué punto mi filosofía puede ser la expresión de dichas influencias.



Jorge Santayana

Tenemos, ante todo, que tender nuestra mirada mucho más allá de Boston o de España, a los trópicos, casi a los antípodas. Mi padre y el padre de mi madre fueron ambos funcionarios españoles en las islas Filipinas. Era por los años de 1840 a 1850, mucho antes de haber nacido yo, pues mis padres no casaron hasta bastante adelantados en la vida, y lo hicieron en España, siendo mi madre ya viuda a la sazón. Pero la tradición de los muchos años que mis padres habían vivido, por separado, en Oriente, había de permanecer siempre inextinta en nuestra familia. Tanto para mi padre como para mi madre, aquellos fueron los días más románticos y más felices.

Mi padre había estudiado el país y los indígenas y había escrito un libro, modesto pero documentado, acerca de la isla de Mindanao. Había dado tres veces la vuelta al mundo, en los veleros de aquella época, y visitado ocasionalmente Inglaterra y los Estados Unidos, dejándose impresionar fuertemente por el orden y por la energía que prevalecen en esos países. Sentía un profundo respeto hacia la grandiosidad material, sin dejar de albergar por eso una cierta secreta ironía y hasta cierta repulsión. Tenía una mentalidad incrédula y madura, adiestrada en la apreciación de otro linaje de virtudes; durante su juventud acudió al estudio de un pintor profesional, de la escuela de Goya, y tradujo en verso español las tragedias de Séneca.

No habían caído, pues, como tantas veces sucede, en cerebro vacío, sus andanzas por ultramar. En aquellos tiempos el mar mismo era todavía inmenso y azul, y las tierras lejanas se hallaban henchidas de maravillas y de enseñanzas. Mi imaginación había vivido desde la niñez ocupada por grandes espacios de interminable océano, islas de cocoteros, ingenuos malayos, y enormes continentes, en los que pululaban esos chinos a la vez corteses e industriosos, filósofos y obscenos. Me acostumbré a pensar en escenas y en hábitos más gratos para mí que los que tenía en torno. Mis viajes no me han llevado rara vez más allá de las fronteras del mundo cristiano o de los convencionalismos, y principalmente de uno a otro lado del Atlántico septentrional. Así hice treinta y ocho años ajetreadas travesías. Pero en mi interior no he dejado nunca de ver esas cosas proyectadas en un fondo irónico, inmensamente vacío; o bien, hecho pedazos—como está Polinesia—, en focos de humanidad abigarrada e ingenua.

La figura de mi madre formaba parte de ese mismo paisaje amplio y exótico. Había vivido, durante su juventud, en esos lugares, pero el eco moral que resonaba en ella era muy diferente en cierto modo. Su padre, José Borrás, nacido en Reus (Cataluña), era un discípulo de Rousseau, un impulsivo, un errabundo. Enseñó a mi madre el respeto hacia la razón pura y la virtud republicana y el aborrecimiento de un mundo en corrupción.

Allí en Manila mi madre había encarnado, durante la época de su primer matrimonio el tipo de la gran dama, criolla, mitad empaque victoriano. En esos mares tropicales la austeridad se trueca fácilmente en indolencia: mi madre entregaba todas las mañanas a su mayordomo indígena un peso de plata para que satisficiera con él las necesidades de la familia y de doce sirvientes, guardándose el resto en concepto de

salario. Para ella sólo había: el baño, el arreglo de las flores, bordar y recibir visitas. Fué aquella una vida holgada, que mi madre nunca olvidó en circunstancias, más estrechas, posteriores.

Su primer marido fué un comerciante norteamericano, establecido en Manila, sexto hijo de Nathaniel Russel Sturgis, de Boston (1779-1856). Los tres hijos de este primer matrimonio tenían en Boston numerosas relaciones y una pequeña propiedad, en la cual ella había ofrecido al padre que criaría los niños, en caso de que él muriera. Cuando sucedió esto, en 1857, mi madre se estableció consecuentemente en Boston y vino a ser este hecho, por una especie de destino prenatal o preestablecido, la causa de mi enlace con la familia Sturgis, con Boston y con América.

Fué en Madrid, el año 1862 y con ocasión de haber hecho ahí mi madre una estancia, que suponía temporal, cuando casó con mi padre. Mi padre era antiguo amigo de ella y de su marido, y había aprobado el plan de educar en América a los hijos, reconociendo lo acertado de tal acuerdo. Fueron discutidos varios proyectos y combinaciones. Pero, de momento, se llegó a una separación amistosa que quizá no fuera del todo agradable para ellos. Mi madre regresó con sus hijos Sturgis a vivir en los Estdos Unidos, en tanto que mi padre y yo quedamos en España. Bien pronto se vió que este arreglo no era satisfactorio. La educación y el porvenir que mi padre, en su modesto retraimiento, me podía ofrecer en España, estaban lejos de ser brillantes, y en 1872 decidió llevarme a Boston, donde estuvimos durante un frío invierno, después del cual mi padre regresó a España, dejándome al cuidado de mi madre.

Tenía yo entonces ocho años, puesto que había nacido el 16 de diciembre de 1863. No sabía una sola palabra de inglés todavía. No podía aprender el idioma en casa, ya que mi familia continuaba hablando preferentemente el español, más o menos puro. Pero tuvieron la feliz idea de llevarme, durante aquel primer invierno mío de Boston, a un kindergarten donde había muchos niños más pequeños que yo y donde no había libros, de modo que aprendí el inglés de viva voz, sin saber cómo se escribía; circunstancia a la cual debo el hablar este idioma sin un marcado acento extranjero. Luego vinieron: "Brimmer School", la "Boston Latin School" y "Harvard College". Excepto mi extremada afición a la poesía inglesa, que yo debía a nuestro excelente profesor de inglés, Mr. Byron Groce, las influencias más decisivas que se ejercían en mi mente, durante mi adolescencia, seguían procediendo de mi familia, donde, entre un hermano mayor y mis hermanas, yo era el único mozalbete.

Yo no jugaba; pasaba sentado en casa toda la tarde leyendo o dibujando, devorando muy especialmente todo aquello que lograba descubrir relativo a religión, geografía o arquitectura. Durante el verano de 1883, y después de mi año de preparatorio, volví a España para ver a mi padre. No sólo entonces, sino en varias vacaciones subsiguientes que pasé con él, hubimos de discutir naturalmente las diversas carreras entre las que yo podía elegir. Ambos hubiéramos preferido el ejército español o la carrera diplomática, pero para la primera yo tenía ya demasiada edad y para la segunda carecíamos de medios y de relaciones suficientes. Además, a esas fechas yo ya sentía mi condición de extranjero en España, y más vivamente todavía que en América, aunque fuese por razones más triviales, resultaban exóticos mis ademanes americanos, y no podía dominar con lucimiento el idioma. No me sentía con ánimos para vencer esta dificultad, aunque con un pequeño esfuerzo, en rigor, lo hubiera conseguido. No había nada, ni en la vida, ni en la literatura española, que me sedujera especialmente por aquel entonces. El inglés había llegado a ser mi único instrumento posible, y yo deliberadamente aparté todo cuanto pudiera crearme confusión en ese medio ambiente. Tanto el idioma, como toda la tradición anglo-sajona en literatura y en filosofía, han sido para mí un ámbito más bien que una fuente. Mis afinidades naturales estaban en otras partes; la disciplina escolar y la enseñanza, de cualquier género que fuesen, se me antojaban medios y no fines. Odié desde siempre ser un profesor. El latín y el griego, el italiano, el francés y el alemán fueron idiomas que, a pesar de poder leerlos, nunca aprendí bien. El hecho de que las materias que me interesaban llegasen a mí envueltas en la retórica de uno u otro de esos países, constituía para mí un simple accidente. No carecía yo de un temperamento retórico capaz de refundir todo cuanto asimilase. Renunciando, pues, a todo, en pro de la literatura inglesa, no puedo acusarme sino de la no intencionada culpa que puede haber en esta leve estratagema: haber dicho en inglés el mayor número de cosas, no inglesas, que he podido.

Esto me conduce a hablar de la religión, principio de todas las cosas. Al igual que mis padres, yo me he situado siempre oficialmente en católico, pero esto por cuestión únicamente de simpatía y de lealtad tradicional, no por cuestión filosófica. La religión, tanto en su aspecto doctrinal como emotivo, me interesaba en mi adolescencia mucho más que ahora. Era yo entonces más desgraciado, más inquieto; pero no tuve jamás fe indudable en ningún dogma, ni he sido nunca lo que se dice un católico practicante. En rigor, era muy difícil que así sucediese. Mi madre, y su padre antes que ella, era deísta. Estaba segura de la existencia de un Dios, pues ¿quien sino El hubiera sido capaz de crear el mundo? Pero Dios era demasiado grande para prestar especial atención al hombre. Rezos, sacrificios, iglesias y patrañas de la inmortlidad eran otros tantos inventos de sacerdotes falsarios con objeto de dominar a los necios. Mi padre compartía la misma opinión, excepto en lo que se refiere al deísmo.

Así, aunque yo aprendí mis oraciones y el catecismo rutinariamente, como no podía menos de suceder en España, supe que mis padres consideraban toda religión puro engendro de la imaginación humana. Estaba yo entonces, y ahora sigo estándolo, de acuerdo con ellos en esto. Sin embargo, ello implicaba en sus cerebros un algo contra el cual yo me rebelaba instintivamemnte: el que todo producto de la imaginación humana había de ser malo. "No, me decía yo a mí mismo, aun siendo todavía un chico, son buenos, sólo esos engendros de la imaginación tienen algún valor, y el resto, la totalidad del mundo, no pasa de ser sino cenizas en la boca". Mis simpatías iban por entero hacia aquellos otros miembros de mi familia que eran creyentes devotos. Amaba el cristianismo épico y todas aquellas doctrinas y aquellos ritos que se interesaban en la vida cotidiana. Penaba yo en la gloria de haber podido ser un fraile dominico predicando con elocuencia ese contenido épico, y solventando de nuevo los más intrincados y sublimes misterios de la teología. Cualquier cosa me deleitaba. "Is Life Worth Living", de Mallock, por ejemplo, sólo con que me pareciera que refutaba la fatuidad de aquella época, es decir, de 1880. Por mi parte estaba convencido de que la vida no merecía la pena de ser vivida, pues una de dos: si la religión era falsa, todo era en vano, y si era cierta, continuaba siendo en vano casi todo.

Ese pesimismo juvenil no me hacía más tonto que cualquier aficionado medievalista o que cualquier esteta místico de mi generación. Veía la misma alternativa entre el catolicismo y la desilusión absoluta. Mas nunca me espan-

tó la desilusión, y voluntariamente me he ido a ella.

De entonces a acá mis ideas, respecto a estos temas, se han ido haciendo menos estridentes ¿No enseña, por ventura, la filosofía moderna, que nuestra idea del llamado mundo real es asimismo un producto de la imaginación? Una religión (ya que hay otras religiones además del cristianismo) no hace sino ofrecer un sistema de creencias distintas de las vulgares, o bien rebasarlas simplemente. ¿En cuál de los sistemas imaginados debe uno creer? He aquí el problema. La conclusión a que he llegado, en mi madurez, es que no existe sistema alguno, ni siquiera el científico, en cuyo sentido literal se deba creer como si fuese el espejo de la realidad, pero todos los sistemas pueden ser empleados y, hasta cierto punto, considerados como símbolos. La ciencia expresa, en términos humanos, la relación dinámica del hombre con la realidad que le rodea. Las filosofías y las religiones, allí donde no tergiversan esas relaciones dinámicas y no contradicen a la ciencia, son la expresión moral del destino en imágenes poéticas y, naturalmente, míticas. Mas estas verdades morales, ¿de qué otra manera pueden ser expresadas si no es en una forma tradicional y popular? Las religiones son el ensueño grandioso de la conciencia.

Cuando, siendo estudiante en Harvard, comencé el estudio formal de la filosofía, latían ya en mí estas preocupaciones fundamentales y hasta poseía una cierta actividad dialéctica debida a mi familiaridad con los temas más delicados de la teología. Los argumentos, en pro y en contra, del libre albedrío y las pruebas de la existencia de Dios bullían claramente en mi cerebro. Escuché, en consecuencia, a James y a Royce, pero con mayor admiración que verdadera aquiescencia. Mi lógica escolástica hubiera pretendido hacer inmediatamente de James un materialista y de Royce un escéptico absoluto, y se me antojaba irracional la resistencia que ambos ofrecían a ésta simplificación. Había escuchado muchos sermones unitarios (me llevaban a ellos por miedo a que me hiciera demasiado católico), y me interesaban en la medida de su información o de su racionalismo y, aún a veces, por el carácter cómicamente irreligioso que para mí tenían. Pero, ni en esas pláticas, ni en la filosofía de Harvard, fué fácil para mí comprender esa combinación protestante de reverencia y de insubordinación . Estaba acostumbrado a ver el agua manar de las fuentes y brotar en surtidores a flor de tierra, y me llenaba de confusión verla ahora tan penosamente extraída del pozo subjetivo en cubos enlodados y tambaleantes.

Hubo una lección, sin embargo, que aprendí más fácilmente, no sólo en Harvard, del profesor Palmer, y más tarde en Berlín, de Paulsen, sino del ambiente general de esa época cabalmente representada, para mí, por la "Revue de Deux Mondes" (que yo leía con asiduidad, de cabo a rabo) y por las obras de Taine y de Matthew Arnold. Me refiero al espíritu histórico del siglo XIX y a ese espléndido panorama de naciones y religiones, literaturas y artes que desplegaba ante la imaginación. Esas proyecciones pintorescas del pasado vinieron a llenar ocasionalmente el ámbito, geográfico y moral, a que mi imaginación estaba ya acostumbrada. Cuidaba especialmente el profesor Palmer de inclinar el cerebro hacia una suave y simpática participación en las opiniones de cada uno de los filósofos. ¿No eran acaso, todos ellos, hombres ilustres? Y las cosas que a ellos les parecían persuasivas, ¿no lo serían quizá? Por muy seductora que fuera esta forma de romanticismo no era suficiente, sin embargo, a adormecer completamente mi dogmatismo escolástico.

Jorge Santayana

(Seguirá en el cuaderno próximo)

Estampas

Otra vez con Eremburg y su libro "España República de Trabajadores"

= *Colaboración* =

Los fotógrafos de la prensa gráfica española llenaron multitud de placas con los sucesos electorales que acaban de volver dueña de la maquinaria gubernativa de España, a la reacción derechista. Para los que sólo de oídas sabemos de la realidad política española esa serie de cuadros de las votaciones son de mucho valor. La mujer pudo sufragar y no hubo distinción para ninguna. La revolución de 1931 fué hecha con un gran aporte femenino. La Constitución reconoció el aporte y decretó imperativamente el derecho de todas las mujeres españolas a votar. Alborozadas fueron a cumplir y no faltó unidad en su puesto. Los conventos vomitaron monjas. Aquí las vemos tembeleques, sostenidas por brazos masculinos derechistas, haciendo esfuerzos por acercarse a la urna de su circuito electoral. No fué nunca el régimen monárquico tan acogedor. Ellas son agradecidas y dejan la celda conventual y salen a luchar contra el reuma y contra la sordera buscando votación. Ancianas y mozas, todas son mujeres aptas para elegir. También los hogares echaron a la calle a las paralíticas y el fotógrafo recogió la escena cuando otros brazos derechistas se apoderan de la sufragante para asegurar el triunfo de las elecciones. Después el resto de las mujeres de España desfilando por las urnas recogedoras de sus votos. Así ganaron los reaccionarios, por no existir distinción entre las mujeres y gozar todas del voto. Si obrera por obrera, si monja por monja, si cómica por cómica. La Constitución de una República de Trabajadores no podía negar a ninguna mujer española el derecho que instituía para orgullo de la nación. Y las mujeres votaron y ganaron.

El juicio de Elías Eremburg acerca de la España republicana, mejor aun, acerca de la República de Trabajadores que por mandato de una Constitución es hoy España, vuelve a nuestra meditación en esta observación de cuadros de votaciones. Es cierto que no conocemos a fondo la situación actual de España, sus problemas y fuerzas sociales, pero también es cierto que no hablamos metidos en el callejón sin salida de un partido político. Nuestro juicio no aspira a dar oriente a nadie, porque el único anhelo es divulgar el juicio ajeno lleno de inconformidad. Si parecemos dogmáticos será por el calor con que acogemos al observador de genio que no enreda su visión en detallillos, sino que separa inmensos bloques y los sitúa en un porvenir a que precisa aspirar pa-

ra su conquista cierta. Elías Eremburg recorriendo a España es genial y cautiva. El que se ató a un partido para trabajar por la República, por más independencia que quiera destacar, está esclavizado al espíritu de ese partido. Carecerá de la observación creadora. Esto es innegable.

Elías Eremburg no nos guió por una nación ordenada hacia el mecanismo soviético. Precisamente lo que más nos ha cautivdo a nosotros, que no escribimos con espíritu clasista, es el amor de Eremburg por la España que no se ha manifestado ni con los monárquicos ni con los republicanos en el Poder. No sentimos que Eremburg deje en nadie que lo lea sin el tapojo partidarista, o espíritu de partido que diría Varona, la idea de que de España había que hacer en 1931 lo que se hizo de Rusia en 1917. Eremburg sabe sobre qué articulación española debe colocar su dedo para descubrir la palpitación creadora. Esto sólo pueden saberlo los espíritus de visión limpia. Y Eremburg lo es. Guía a los que interesados por penetrar en lo hondo de los males de España, no tienn necesidad de matricularse en partido alguno, por avanzados que sean sus programas. Por eso hay que leer "España República de Trabajadores" y divulgar tanto juicio certero y vaticinador.

Todos los afiliados a partidos resintieron la publicación del libro de Eremburg y lo acosaron a réplicas agresivas. Esperó y cuando era ocasión dió su contestación común. Escogió la epístola para decir a la multitud de perseguidores su respuesta severa. Esa carta es otro capítulo del libro. Afirma allí que no ha denigrado al pueblo español, porque los hombres de partido interesados en dar nuevas unidades a sus filas, lo han acusado de ese delito. Quiere a ese pueblo, pero no a los abogados y a los funcionarios que "son gentes holgazanas, ignorantes, y no pocas veces crueles". También pretenden acusarlo de que nada sabe de los trabajadores y entonces él les habla así: "Dice usted que no he visto en España el mundo del trabajo, los obreros que se levantan a las seis y corren hacia la fábrica. Más de la mitad de mi libro está dedicado a la vida de los obreros y los campesinos. Digo en él que el obrero español trabaja con verdadera inspiración. Digo con cuánto sacrificio han creado los obreros y los campesinos españoles la riqueza del país. Hablo del alto nivel del arte popular. Apunto, en fin, el extraordinario sentido político del sencillo campesino andaluz".

Y luego a otro censurador afiliado a partido con mando le dice con serenidad: "Al discutir conmigo toma usted la defensa no de España, sino del partido que ocupa actualmente el Poder. Dice usted que la República no podía mejorar tan rápidamente la suerte de los trabajadores. Creo que la buena voluntad de usted. Creo también que entre los dirigentes de la República hay, sin duda, hombres sinceramente deseosos de ayudar a la clase obrera. Pero la Historia tiene sus derechos. Ya la Historia no toma en cuenta la buena voluntad de tal o cual soñador. Yo no he visto en España una sola medida capaz de hacer cambiar "radicalmente" la situación de los obreros y de los campesinos. Todas sus mejoras fueron arrancadas por medio de huelgas extenuantes". Todas las críticas españolas las discutió Eremberg a su tiempo, sin colocarse en un plano de desdén que habría resultado impropio para un escritor genial como él. Estudió en la entraña viva a España. No la vió unilateralizado y por eso sus juicios aciertan y son guía admirable para el que, inconforme de la España hechura de partidos, anhele buscar la España cierta.

No puede acusarse a Eremburg de investigador desordenado, porque en verdad no investigó para una clase o para un partido, sino para un pueblo. En lo que escribió de España está lo que el pueblo español necesita para acabar con el infierno de desgracias que lo aplanan y vuelven desgraciado. Un partido podrá decir que hizo todo lo que pudo hacer. Pero siempre el partido estará limitado por multitud de tradiciones que vuelven ineficaz su acción. Hablemos de uno de esos partidos españoles. Hablemos del partido socialista en cuyas filas está el escritor Carlos A. d'Ascoli refutador de Eremburg como investigador de los problemas y fuerzas sociales de España. Ese partido movió la tombola en que la República de Trabajadores metió problemas y fuerzas. La reacción monarquista y clerical acabó en las elecciones gráficamente divulgadas por los periódicos de España, con el poder socialista. Uno de sus promotores, el señor Largo Caballero, es preguntado por el redactor de un periódico para que refiera su experiencia socialista en el Poder y afirma lo siguiente: "Reforma agraria, enseñanza laica, ley de arrendamientos, legislación social en todos los órdenes, ¿qué son en realidad estas cosas sino bellas entelequias sin virtualidad ni eficacia alguna? La reforma agraria no existe; la enseñanza laica es un mito; la ley de arrendamientos allá quedó, sobre la mesa de las Cortes, en espera de días más propicios. Y con respecto a la legislación social, si bien es cierto que se llevó mucha a la "Gaceta", ahí la tiene usted muriéndose de risa, en espera también de quien quiera y pueda hacerla cumplir". Es decir, España sigue tiranizada por las mismas enfermedades, a pesar de la República de Trabajadores. No le faltó visión a Eremburg. Acusarlo así tan de prisa es faltar al deber que nos obliga a no desatendernos de nuestras limitaciones cuando damos juicio acerca de escritor genial. Eremburg en este libro es completo. Siempre da su posición y el que quiera encontrarla verá que es de indudable superioridad. A otro atacante desorbitado le dice: "Le agradecería mucho que me indicara las inexactitudes de mi libro para poder corregirlas en las ediciones extranjeras. En lo que no creo que nos pongamos de acuerdo es en lo que yo considro fundamental: usted es un patriota, si no de un país, al menos de un régimen. Y ese patriotismo, ciego como todos los patriotismos, le impide a usted ver la verdad".

España para el que quiera estudiarla sin apegarse a partido alguno, puede tener muchos guías. Mas, de todos, el que infunde más independencia y da más claridad es, para nosotros, Elías Elías Eremburg con su libro. No creen en él los que han sido penetrados por el funesto espíritu de partido. Nosotros creemos en este investigador de problemas y fuerzas sociales y nos afirmamos

en que España se despeña hacia la reacción. No hubo sino cambio de decorado y de vestuario teatral. Gritan ahora los que estuvieron alejados del poder en lo que lleva de existencia la República, que no es paso atrás lo que se ha dado con el triunfo de las derechas. Nos interesa el grito como aspiración simplemente. Pero este ruso inconforme contagia inconformidad y da la visión de un país en donde están enfocados los problemas y fuerzas sociales que efectivamente transforman la vida de un pueblo. Mucha legislación que no rige, mucho aparato de lucha contra la barbarie. En el fondo incapacidad para revolucionar.

La fe en la virtud de un partido es justificable, pero vivir apegado a ella acaba por volver infeliz al hombre. El gran bien que Eremburg hace al espíritu es este de no hacernos hombre de partido. Se enorgullece el hombre de partido de que no capitulará. Sin embargo, hay una tradición que a todos los ata fatalmente a la ruina. Oigamos a Eremburg: "No quiero censurar a los hombres. Vi de cerca la revolución alemana. También aquellos social demócratas soñaban con hacer una "República de Trabajadores". Luego, con Noske a la cabeza, se lanzaron a fusilar obreros. Más tarde votaron por Hindemburg. Si mañana Hitler sube al poder (esta carta está escrita en 1932) firmarán una protesta melancólica y se irán tranquilamente a dormir. Y no porque sean malas personas, sino porque reaccionan como en 1880, mientras que nosotros vivimos en 1932".

Tema español para nuestras reflexiones de hoy y afirmación perenne de que escribimos sin dogmanizar, libres para la censura, aspirando a tomar aquel horizonte de más luz, porque es el de mayor amplitud, el que mejor sirve al espíritu independiente.

Juan del Camino

Costa Rica y enero de 1934.

Desunión

= De *Carteles*. La Habana. =

Producto de la indolencia, la apatía, la flaqueza cívica y de la misma inalterable heterogeneidad de nuestro conglomerado social, brota en Cuba, como mala hierba de todas las épocas, no tratada jamás de extirpar ni en el campo ni en las poblaciones, la desunión, la desorganización, constituyendo obstáculo infranqueable para todo cuanto signifique reforma, mejoramiento, progreso, tanto en el orden moral como en el material.

Y es éste uno de los grandes males de los pueblos hispanoamericanos, estudiado y combatido por historiadores y sociólogos.

Ya don Juan Montalvo señalaba en "El Cosmopolita", como una de las características de los pueblos ilustrados, el espíritu de asociación, y, por el contrario, aclara, "en las naciones poco expertas y menos adelantadas, los hombres son indiferentes a las sociedades: reúnense, desde luego, pero con mezquino objeto: yo oigo a menudo: "sociedad de baile, sociedad de recreo, sociedad de...? ¡ah! ¿cómo es posible mentar aquí el juego?... Los que se contentan con bailar mientras respira a sus anchas el despotismo, no tienen patria ni son dignos de tenerla: hojas revoloteadas por el austro danzan en el aire sin centro ni equilibrio, y cuando caen, no hay animal que no ande sobre ellas"... Tales nuestros pueblos desunidos de Hispanoamérica Y esa desunión interna, de ayer y de hoy, que sufre cada uno de los pueblos de nuestra América, se traduce en la desunión de unas naciones con otras, no obstante la necesidad por todas ellas sentida, hoy más que nunca, de juntarse para defenderse del enemigo común: el imperialismo yanqui. Necesidad que en estos últimos tiempos ha reconocido y propiciado un norteamericano esclarecido, Waldo Franck, en su **América Hispana,** llegando a ofrecer una fórmula, a su parecer factible, para que las naciones de la América hispana, que hoy "están fuertemente individualizadas", pero en las que "sin embargo, una tradición fuerte de unión existe entre ellas (exceptuando desde luego el Brasil), que es más vieja y más larga, que el siglo que va desde su separación", se unan y solidaricen en la prosecución de ideales y necesidades comunes; fórmula no de una unión, imposible, de todos los Estados, que amenazaría "la rica variedad de la vida nacional, que es el resultado del genio hispánico, indio y africano", sino una unión organizada mediante tres confederaciones— del mar central, de los Andes y de la América austral—y basada "en una comunidad inmediata de intereses entre los Estados: una comunidad de propia defensa y de economía". Esa patria única que espera todavía su molde adecuado para cuajar y ser plasmada en realidades, fué el **leit motiv** de la labor política de los dos más grandes americanistas de nuestra América: Bolívar y Martí. Este, no viendo en la patria sino humanidad, "aquella porción de la humanidad que vemos más de cerca y en que nos tocó nacer", expurgó su obra revolucionara del exclusivismo pequeño de conquistar sólo la libertad de Cuba y Puerto Rico, y su mirada y su acción alcanzaron horizontes mucho más amplios y finalidades no simplemente nacionales, sino francamente internacionales. "Es un mundo—dijo,—lo que estamos equilibrando; no son dos islas las que vamos a libertar"; y agregaba: "la libertad de Cuba es el suceso histórico indispensable para salvar la independencia amenazada de las Antillas libres, la independencia amenazada de la América libre y la dignidad de la República norteamericana". Y dando mayor carácter aún de universalidad a su obra, y conocedor de la máxima necesidad de la América hispana, decía: "juntarse: esta es la palabra del mundo".

José Antonio Saco en sus campañas contra el despotismo español, denunciaba la desunión y la desorganización como los males que, conjuntamente con la indolencia, la apatía y la flaqueza cívica dificultaron y obstaculizaron el éxito y el triunfo de las luchas cívicas contra las explotaciones y las injusticias de los gobernantes metropolitanos. "Nada se ha hecho ni se hará,—clamaba—porque los cubanos no están unidos". Y no pudo consegur, para fundar un periódico que defendiera en España los intereses y necesidades cubanos, los cincuenta mil pesos indispenables, porque no encontró de entre los quinientos mil habitantes blancos de Cuba en 1862, ni 500 que dieran $ 100 cada uno, ni 50.000 que dieran un peso por cabeza.

En todos nuestros empeños revolucionarios, la desunión y la desorganización han sido—con la apatía—los más formidables obstáculos para el triunfo de los ideales y propósitos perseguidos.

Por la desunión y la desorganización, que no por la fuerza de las armas españolas, fracasó la revolución de Yara.

El historiador Gerardo Castellanos en su libro **Tierras y Glorias de Oriente,** reconoce que "casi desde que la revolución del 68 tomó forma y orientaciones en Guáimaro, en el segundo decenio de abril de 1869, surgió en ella el germen de la desavenencia". Los elementos civiles, agrupados en la Cámara Legislativa, se enfrentaron con los militares. "Y tomó cuerpo la rivalidad. Donde sólo debían existir revolucionarios hubo civiles y militares. Lógicamente, los

primeros pronto quedaron anulados ante el humo de las victorias". Y Legislativo y Ejecutivo también se enfrentaron, enemistados. Y Carlos Manuel de Céspedes fué destituído por la Cámara. El presidente de la República en armas, Tomás Estrada Palma, prisionero, y confinado en el Castillo de Figueras, en España, escribe en 1877 al general Antonio Maceo y al general Máximo Gómez, recomendándoles "trabajasen con empeño en la conciliación y concordia general... porque es absolutamente indispensable que terminen en el campo cubano las disidencias, causa de tantos males, y que se establezca una sola armonía en todos los patriotas militantes". Semejante cuadro de descomposición existió entre los cubanos que formaban la Junta Revolucionaria de Nueva York durante la Guerra de Yara, profundamente divididos y enemistados unos con otros.

Una de las manifestaciones de esa desunión fué el localismo, dividiéndose los revolucionarios, además de por las enemistades y rencillas personales, también en facciones localistas. Este localismo no sólo era de provincias, sino que, como dice Gerardo Castellanos en su obra citada, "aun dentro de una misma provincia hubo agrios cismas locales, aisladores de bayameses, holguineros, baracoenses y guantanameños, etc." Y este sentimiento tan nocivo llegaba al extremo de negarse los revolucionarios de una jurisdicción a salir a pelear fuera de los límites de la misma, repeliendo cualquier unión y cooperación con los de otra localidad o provincia que necesitaban su auxilio. ¿Pelear los orientales en Camagüey, o los camagüeyanos en las Villas, o cualquiera de éstos en La Habana y Vuelta Abajo? Inaceptable. Que cada uno luche por su región, fueron el pensamiento y sentimiento generales, olvidándose todos de que era la independenia de Cuba entera la que había que conquistar, y sin que pudieran tener explicación en nuestra tierra estas divisiones localistas por la existencia de efectivas divisiones geográficas, étnicas, religiosas, etc., etc., que es necesario reconocer en otros países.

Del Zanjón a Baire se registraron las mismas desuniones entre los cubanos convencidos de la necesidad de la separación de Cuba de España, retardándose por ellas el momento de la coordinación necesaria para emprender la nueva lucha armada. En la pintura que de la situación cubana hizo Juan Gualberto Gómez en un folleto publicado en Madrid, **Cuba en 1884,** llega a decir: "Si allí (en Cuba) no defendieran su bandera más que los peninsulares, ya se podría dar por segura y próxima la separación de Cuba. Esto lo saben cuanto conocen bien los accidentes diversos, ya políticos, ya militares, de las revoluciones de Cuba. El día que todos los cubanos estuviesen unidos frente a España, puede ésta dar por perdida su soberanía sobre aquella isla, a despecho de toda la decisión, todo el valor y todos los sacrificios que hicieran los peninsulares de uno y otro lado del Atlántico".

Uno de los aspectos más extraordinarios de la obra de preparación y organización revolucionarias acometida por Martí y que culminó en la guerra de 1895, fué el unir a los cubanos de la Isla y de las emigraciones en una acción común para arrojar a España de Cuba, unir a los veteranos de Yara con los noveles revolucionarios, unir a las figuras militares del 68 entre sí; lograr que todos aceptasen los ideales y planes del Partido Revolucionario Cubano, que el general Máximo Gómez se pusiese al frente de las operaciones guerreras, y que Maceo, García y otros jefes reconociesen a Gómez como Generalísimo. Unicamente Martí ha podido realizar en Cuba el milagro de unir a los cubanos a fin común. En esas favorables condiciones estalló el 24 de febrero la revolución de Baire.

Después de muerto Martí en los albores de la lucha armada, volvieron las discordias, las divisiones, los localismos. José Miró en sus **Crónicas** declara: "Había mar de fondo en las esferas gubernativas; Gómez y el Gobierno estaban en discordia". Y los altos oficiales entre sí, y los oficiales de inferior categoría contra sus jefes de brigada. Y no se llegó a catastróficas disidencias gracias a la entereza de carácter y rígida disciplina militar del Generalísimo, quien logró, con Maceo, en la marcha de la Invasión, mover, libres de localismos, las tropas mambisas de Oriente a Occidente de la Isla, en singular hazaña guerrera, y pudo imponer relativa autoridad de mando, como fué imposible conseguir en la guerra de Yara.

Pero los antagonismos entre el elemento civil y el militar subsistieron hasta los mismos días de la ocupación yanqui de la Isla, culminando, primero, en la destitución por el Consejo de Gobierno, de Calixto García, del cargo de lugarteniente general que ya había renunciado, y la declaración por éste de reconocimiento de ningún Gobierno en esta Isla con excepción del de los Estados Unidos; y después, la deposición por la Asamblea de Representantes reunida en el Cerro en 1899 de su cargo de General en Jefe de Máximo Gómez, acusado de no acatar la autoridad de la Asamblea y de entenderse, prescindiendo de ella, con el Gobierno yanqui; y finalmente, en la disolución de la propia Asamblea, divididos y distanciados sus miembros cuando más necesarias eran la unión y la organización, para presentar un frente único al extranjero ocupante por su triunfo sobre las armas españolas, que prescindía por completo de los cubanos y se arrogaba todo el mando y todo el poder, los que fácilmente pudo ejercer a su antojo y capricho debido a esas divisiones y desorganizaciones de la familia cubana.

La República no ha puesto coto a esos males, y como en tantos otros que sufrimos, semeja colonia superviva. Y en todas nuestras campañas cívicas, después de rota la apatía, no ha podido alcanzarse el triunfo apetecido, porque las discordias y desavenencias entre jefe o grupos han imposibilitado la unión y la organización indispensables al éxito de toda empresa política.

Durante todo el cruento y bochornoso período de la tiranía machadista jamás lograron ponerse de acuerdo los diversos sectores de la oposición para formar un frente único de ataque y resistencia, y sólo de manera precaria y artificiosa se llegó a constituir en los Estados Unidos una junta revolucionaria, cuyos miembros se dividieron y dispersaron bien pronto sin realizar acción alguna efectiva, enfrascados en ardorosas polémicas de carácter personalista.

Y derrocado el dictador al negarle su apoyo y volverse contra él las fuerzas armadas, una vez que se convencieron que el presidente Roosevelt no respaldaba la dictadura cubana como la habían mantenido los gobiernos de Coolidge y Hoover, ni aun entonces pudo realizarse la unión e identificación para constituir el gobierno provisional de todos los grupos oposicionistas, ahondándose las divisiones desde los primeros días de la nueva situación hasta culminar en el golpe de estado del 4 de setiembre, después del cual se han producido nuevas divisiones y subdivisiones en cada uno de los ya divididos entre sí antiguos grupos oposicionistas de la tiranía machadista, y hasta el Ejército, que guardó durante todo aquel régimen de ignominia la más absoluta unión y compenetración en el sostenimiento de la tiranía, quedó totalmente fraccionado al desalojar los sargentos y clases a la oficialidad, estableciéndose irreconciliable antagonismo entre los ayer firmes, constantes, e identificados mantenedores del Machadato.

Y, por si todas estas divisiones de la sociedad cubana fueran pocas en nuestros días, ya apuntan otras más graves aún por estar en cierto modo alejadas del campo de la política y la administración pública: los antagonismos de raza, absurdo inconcebible en nuestra época y en nuestra tierra, aun teniendo sus raíces en el régimen económico social existente; antagonismos raciales, que agudizados ahora por fútiles pretextos constituyen un nuevo y gravísimo factor de disociación, división y perturbación en la familia cubana.

Y así, divididos y desorganizados los cubanos, antaño como ogaño, mal vivimos, en camino hacia la desintegración total de la nacionalidad.

Emilio Roig de Leuchsenring

Cartas al amigo

5

= De *Ahora*. Madrid. =

No hace muchos días que nuestro buen amigo y maestro don José Ortega y Gasset protestaba contra lo que le hacía decir, en lengua extraña, un corresponsal especial de un periódico extranjero, y manifestaba que no recibiría a ningún otro que no probase antes tener bien cursado y conocido nuestro idioma. Muy bien, y de acuerdo, pues que hemos padecido análogo percance. Pero no basta eso, y nuestro buen amigo y maestro lo sabe bien. Pues hay otra extranjería o extrañeza, que no es la del idioma. Y somos algunos, querido Ortega, los que producimos extrañeza en esos truchimanes de la opinión que pretenden ponernos al alcance de la masa vulgarizando nuestro pensamiento, y lo que hacen es avulgararlo. Y deformarlo. El público sencillo y desprevenido nos entiende mejor cuando no se entrometen truchimanes de esos. Los cabreros entendieron muy bien a Don Quijote, aunque Cervantes dé a suponer otra cosa. Y si algún truchimán toma esto a jactancia, con su pan se lo coma.

Y quiero decirle, mi querido amigo, que los que tenemos pluma y sabemos manejarla, deberíamos negarnos a toda entrevista y enquisa, pues cuando creamos deber decir algo al pueblo se lo diremos derechamente y sin medianero, y lo afirmaremos con nuestra firma. Otra cosa es querer traducirnos y casi siempre traicionarnos. "Traduttore, traditore", dicen los italianos. Y más traidores los que traducen al vulgar. Que no conviene ceder a los perezosos mentales, que por ahorrarse el tener que pensar por su cuenta lo que se les dice a cuenta ajena, quieren que se les dé hecho papilla de frivolidad volandera. Que así no les cause extrañeza. Pero el que esto le dice, amigo mío y maestro, sabe que más de una vez hablando, sin pretender ponerse a alcance extraño, ha producido en gentes sencillas y desprevenidas "extrañeza" y logrado así que se entrañen, que se apropien lo que les decía. Que el público suele saber más que el publicista, y el vulgo más que el vulgarizador.

Y viniendo ahora al truchimán extranjero, ¡qué terrible, amigo mío, es eso de que a lo peor nos manden acá, a nuestra España, a un enviado especial que no conoce nuestro idioma! ¿Cómo es posible que se entere bien de nada uno que llega acá sin entender miaja de castellano? Eso supone, en el fondo, tomarnos por un pueblo de salvajes. Es como aquel que sin saber tibetano se fué al Tibet a traducir al francés cartesiano la religión lamaista. Y no es lo malo que no sepan castellano, sino que aun sabiéndolo son incapaces de traducir lo íntimo. No aciertan a traducir a sus categorías políticas—o literarias, o religiosas o filosóficas—las nuestras. El casticismo se les resite. Se vienen, por ejemplo, creyendo que nuestros partidos políticos son traducción de los suyos; que somos unos discípulos, más o menos aventajados, de sus maestros, y así les sale la traducción. A lo que parece autorizarles ciertas pésimas traducciones que aquí se han hecho, como esa del partido radical-socialista, y en otro sentido la de la Acción Francesa, que aquí, en castizo, romance, no quiere decir nada. ¡Y esto aquí, en España, donde nació el término "liberal", y de donde se tradujo no poco de la Constitución del año 1812! ¡Venirnos con que si estamos preparados para esto o el otro régimen! Tiene usted razón, mi querido amigo, en protestar contra esa petulante impertinencia. ¡Venir a quererle dar lecciones de sentido político a nuestro pueblo!

No se trataba de política, sino de literatura; pero recuerdo que escribiendo una vez de la nuestra, de nuestra literatura española, un crítico francés muy inteligente, muy agudo y muy comprensivo, dentro de sus límites nacionales por lo menos, Edmond Saloux, confesaba que para ellos—los franceses medios y ciento por ciento como él — nuestro genio español les era tan extraño como el ruso o el escandinavo, y que todo eso de la hermandad espiritual latina tiene mucho de mito. Cierto es que hay hoy en el extranjero—y muy especialmente en Francia—cada vez más espíritus que se esfuerzan por penetrar en nuestro fondo diferencial, y que lo consiguen muchas veces. Que hay cada vez más estudiosos de nuestro genio nacional que se sacuden de los contrapuestos tópicos que a nuestro cargo corrían y que consiguen llegar a las raíces de la civilización y de la cultura españolas. Pero el promedio, la medianía de los informadores, sobre todo cuando lo son de información mercenaria, no llegan no ya a las raíces, más ni a las hojas. Lo nuestro les está cerrado. Y no tienen la sinceridad del señor Saloux, que con su confesión mostraba la aguda penetración de su ingenio. Y no nos tomaba, como otros, por unos aventajados discípulos de sus maestros.

Y si venimos a lo político, ¿cree usted, buen amigo, que a aquellos que yo llamaba en París místicos del republicanismo—jacobinos y girondinos si usted quiere—se les puede hacer entender que no se puede juzgar del sentido político del pueblo español ni por la pedantería izquierdista de Acción Republicana ni por la pedantería derechista de Acción Popular? ¿Por los que aquí se están sacando de la cabeza—cuando no del bolsillo—una república republicana, ortodoxa, no monarquizante, o una monarquía tradicional? ¿Y que lo que aquí llaman marxismo y lo que llaman fascismo apenas tienen que ver con lo que en el resto de Europa significan esas denominaciones? No, aquí no estamos preparados para esas traducciones. Bástenos con poder sentir nuestra propia historia.

Nuestra propia historia, que es nuestra vida común civil y nuestra educación. Una educación permanente. Que a vivir sólo se aprende viviendo. Y no asistiendo a lecciones de biología, y menos de laboratorio. Harto lo hemos visto en el laboratorio de biología política de las Constituyentes, de que usted, amigo mío, y yo formamos parte. ¡Así han salido los ensayos! De que es ejemplo típico, entre otros, la ley Electoral contraproducente de los que con ella se han pasado de listos. Por no decir nada de otras leyes, socializantes y laicizantes, mal traducidas.

Mucho más tendría que decirle a cuenta de estas cosas. Por ahora he de limitarme a felicitarle por su resolución de ahuyentar de su lado truchimanes e informadores que no le lleguen en forma —y menos a fondo—, y más ahora, en que España se está poniendo en moda como "caso". "¡Cosas de España!", se decía antes, y ahora se empieza a decir: "El caso de España". ¡Y que se nos vengan a que les dictemos un resumen de apuntes sobre la españolidad a los que nos llevamos años rompiéndonos la cabeza y el corazón para cobrar la conciencia más plena posible de ella! ¡Cuando no se nos vienen a pedirnos profecías, a que les digamos lo que creemos que va a pasar aquí!

Siga usted, amigo mío, sin dejarse traducir por el primero que se le arrime y sin esforzarse en eso que se llama ponerse al alcance de todo el mundo y que se suele reducir a no decir nada, a perderse en tópicos. Nos llegan tiempos de prueba y de confusión. Los cabecillas políticos no aciertan a desentrañar — desentrañar, ¿eh?—de los actos del pueblo—unas elecciones, por ejemplo—su estado de ánimo. ¡Es tan difícil desentrañar de actos estados! ¡Llegar al hondón de la conciencia comunal!

Y nada más, por ahora al menos. De usted, el amigo en esta carta, es amigo entrañado

Miguel de Unamuno

Al recordar a Delmira Agustini

= De *La Nación*. Buenos Aires. =

En tres líneas, semiperdidas en el fárrago de las informaciones administrativas de la prensa diaria, se ha publicado hace poco la noticia de que la Municipalidad montevideana ha resuelto dar a una calle de los suburbios de esta capital el nombre de Delmira Agustini.

La lectura de ese escueto suelto de gacetilla ha traído a mi memoria un trágico recuerdo de mi vida periodística: el del huraño anochecer del 6 de julio de 1914, en que, a manos del esposo, halló la muerte aquella extraordinaria mujer. A través de los diez y nueve años transcurridos desde la luctuosa fecha, he vuelto a revivir una vez más el inenarrable instante en que, al llegar a la casa del drama en el preciso momento en que penetraba en ella el juez de instrucción, vi tendido en el piso de una modesta pieza, ensangrentado y semidesnudo, el junónico cuerpo de la autora de "Los cálices vacíos", a quien tantas veces, en teatros y paseos, viera yo sonreír con la fresca sonrisa de su encendida, voluptuosa boca, y con el dulce y profundo mirar de sus enormes ojos glaucos. Aquella tarde trágica volví a ver por última vez esos ojos: estaban desmesuradamente abiertos por el terror del instante supremo, clavados en la sombra infinita para interrogar el insondable misterio de la vida y de la muerte, conservando aún su divina transparencia... ¿Para qué recordar aquí detalles?...

Ha tardado algo el homenaje de la Junta Deliberante a la memoria de una de las más preclaras hijas de la tierra uruguaya, a la de aquella excelsa montevideana en cuyo cerebro y en cuyo corazón vibraron al unísono, en versos admirables, los más bellos conceptos y los más apasionados sentimientos. Ya era tiempo de que nuestra capital demostrara en alguna forma su gratitud hacia esa mujer-luz, no sólo como un reconocimiento de sus altos méritos literarios, sino también como un homenaje a la intelectualidad femenina uruguaya, que tuvo en Delmira Agustini a una de sus más altas cumbres. La poetisa del sangriento destino fué la primera mujer de América latina que, rompiendo valiente y atrevidamente con los prejuicios de la época (de entonces acá ¡cómo han cambiado los tiempos!) hizo cantar en sus estrofas una voz completamente nueva en la lírica continental—y aun hispana—, abriendo así el camino por donde luego habrían de marchar, con seguro y victorioso paso, otras mujeres de alma divinamente canora. Recuérdense las palabras del gran Rubén al saludar la aparición de las primeras poesías de la autora de "Cantos de la mañana": "De todas cuantas mujeres hoy "escriben en verso, ninguna ha impresio- "nado mi ánimo como Delmira Agusti- "ni por su alma sin velos y su corazón "de flor. A veces rosa por lo rosado, a "veces lirio por lo blanco. Y es la primera vez que en lengua castellana apa- "rece un alma femenina en el orgullo "de la verdad, de su inocencia y de su "amor, a no ser Santa Teresa en su exal- "tación divina".



Delmira Agustini

Dibujo de *Deluchi*

Nunca pudo imaginar el bardo de "Prosas profanas" que aquella mujer-rosa y a la vez mujer-lirio iba a empurpurarse con el rojo de su propia sangre juvenil...

Volviendo ahora al homenaje edilicio a la memoria de Delmira, paréceme que no basta con que una calle de su ciudad natal lleve su nombre. Creo que es necesario completarlo en una forma verdaderamente digna de tan excepcional mujer. Es preciso que la autora de "El rosario de Eros" (el libro póstumo que ella no intituló) tenga también, en uno de los principales paseos de esta urbe, su consagración en el mármol o en el bronce, como ya la tienen, en grande, algunos próceres, y, en pequeño, varios escritores o artistas que se destacaron por su talento en nuestro ambiente y como debieran tenerla, igualmente, otras figuras que han dejado honda huella en la historia, en el periodismo, en la política, en la poesía y en el arte uruguayos.

Dentro de la enorme extensión alcanzada ya por nuestra capital, son muy pocos los paseos públicos. Apenas si llegan a tres, descartando, por supuesto, las playas. En primer término, el viejo y aristocrático Prado, sitio maravillosamente poético, cuyos añosos árboles y cuyos tupidos boscajes son propicios a la ensoñación y a los gorjeos de pájaros y niños. En segundo lugar, el Parque Rodó, el paseo popular por excelencia, en cuyos jardines y avenidas se dan cita, pulcramente endomingados, modistillas y horteras, y que en la estación veraniega acoge bajo sus sauces y eucaliptus, o refleja en sus lagos de estancadas aguas, la alegría sobrante que desborda de la lindera playa de Ramírez. Próximo al Parque Rodó está el "de los Aliados", todavía en formación, amplio, casi enorme, que en las tardes de "foot-ball" del estadio Centenario rebosa de una multitud abigarrada, mientras en las noches de entresemana da refugio en sus avenidas silenciosas a enamoradas parejas que huyen del "mundanal ruido"...

En cualquiera de estos tres paseos principales podría hallar apropiada ubicación un pequeño monumento a Delmira Agustini, un monumentos sencillo como el que en El Prado nos recuerda, al amparo de lujuriantes frondas, a la también poetisa María Eugenia Vaz Ferreira, espíritu selecto que consagró al arte de las rimas todo el tesoro de su alma inquieta y soñadora. Y allí, en el mismo paseo, igualmente rodeado de flores y boscajes, surge otro pequeño monumento: el que los amigos y admiradores del pintor nacional Carlos María Herrera consagraron a la memoria de tan destacado artista a través del cincel del escultor compatriota José Belloni. Otro buen escultor, Juan D'Aniello, ha contribuído al embellecimiento del aristocrático sitio con un hermoso grupo marmóreo de regulares dimensiones en que campea la serena venerada efigie de doña María Stagnero de Munar, aquella otra mujer de extraordinaria inteligencia y de luminoso consejo que consagró su fecunda vida a la enseñanza mereciendo de sus conciudadanos el envidiable título de "Maestra de maestras".

Corta es la lista de los escritores, artistas, pensadores u hombres de ciencia que en los sitios públicos de esta capital cisplatina tienen ya su monumento, traducido éste ya en una modesta estatua, ya en un sencillo busto.

En el Parque Rodó, el gran periodista, crítico, autor dramático que se llamó Samuel Blixen (el inolvidable "Suplente"), preside, desde su busto de bronce (un trabajo que no hace honor, por cierto, al talento del escultor Oliva), la serena quietud de las tardes otoñales o la estrepitosa alegría de los crepúsculos veraniegos.

Más lejos, en la plazoleta Trouville, en Pocitos, a la vera del mar, otro busto, de Luis Sambuccetti, realizado con todo acierto por el joven escultor José Luis Zorrilla de San Martín, recuerda a los paseantes de la rambla costanera la romántica figura de aquel virtuoso del violín que, en su tiempo, tanto contribuyó al fomento del arte musical en Montevideo.

En los jardines de la Facultad de Medicina, en otro grupo de mármol y bronce, debido al antes citado escultor D'Aniello, la generación actual ve revivir los rasgos del doctor Juan Carlos Dighiero, el médico desaparecido en plena juventud y que era una de las más ga-

(*Pasa a la página 46*)

¡Viva la República!

= De *El Sol*. Madrid. =

Creo firmemente—ya lo he dicho—que estas elecciones contribuirán a la consolidación de la República. Pero andan por ahí gentes antirrepublicanas haciendo vagos gestos de triunfo o amenaza, y de otro lado, hay gentes republicanas que sinceramente juzgan la actual situación peligrosa para la República. Pues bien: suponiendo que con alguna verosimilitud sea esto último el caso presente, yo elijo la ocasión de este caso para gritar por vez primera, con los pedazos que me quedan de laringe: "¡Viva la República!" No lo había gritado jamás: ni antes de triunfar ésta ni mucho menos después, entre otras razones porque yo grito muy pocas veces.

Quién es el que grita

Pero como todo anda un poco confundido, y los españoles del día tenemos poca memoria, quiero recordar o hacer constar algunas cosas que hasta ahora he callado o no he querido subrayar. Desde el fondo de mi largo y amargo silencio, estrujándolo como un racimo lleno de jugo, quiero rememorar a mis lectores y a todos los españoles—porque tengo tanto derecho como cualquiera otro para dirigirme a ellos — quién es el ciudadano que ahora, precisamente ahora, grita: "¡Viva la República!"

El que grita se sintió en radical desacuerdo desde el día siguiente al advenimiento de la República con la interprtación de ésta y la política que iniciaban sus gobernantes. Yo no puedo demostrar con documentos la verdad literal de esta frase. Dejémosla, pues, como una frase y nada más. Pero lo que sí puedo demostrar con documentos es que ya el 13 de mayo—por tanto, al mes justo de la proclamación del nuevo régimen—protesté airadamente, junto a Marañón y Pérez de Ayala, contra la quema de conventos, que fué una faena aun más que repugnante, estúpida. Esto el 13 de mayo; pero el 2 de junio publicaba yo un artículo titulado: "¡Pensar en grande!", invitando a tomar la República en forma y formato opuestos a los que empezaban a adoptarse. Y en 6 de junio, convocados a elección los ciudadanos, apareció otro artículo mío titulado: "¡Las provincias deben rebelarse contra los candidatos indeseables!" El 25 del mismo mes mi discurso electoral en León, donde, contra todo mi deseo, había sido presentado candidato, comenzaba así, según la transcripción algo incorrecta de los periódicos leoneses:

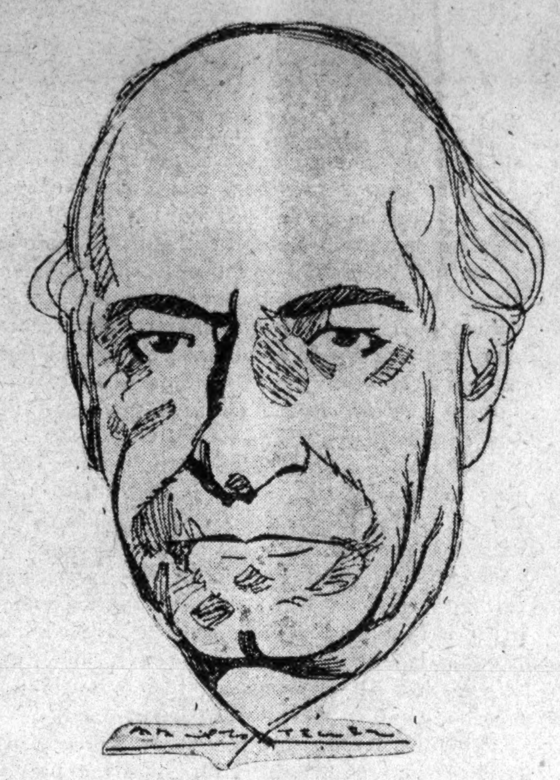
"¿Queréis, gentes de León, que hablemos un poco en serio de la España que hay que hacer?

"Con profunda vergüenza asisto a la campaña electoral que se está llevando a cabo en toda la Península. Trátase, nada menos, que de unas elecciones constituyentes. Se moviliza civilmente al país para que elija a unos hombres que van a fabricar el nuevo Estado. Es un gigantesco edificio el que hay que construïr, y no hay edificio si no hay en la cabeza un plano previo de líneas vigorosas.

"Lo que me parece vergonzoso es que los cientos de discursos pronunciados en España no enuncien una sola idea clara, que defina algo sobre ese Estado que hay que construir. Sólo se han pronunciado palabras vanas y hueras prometiendo en palabrería fantástica, sin saber si se puede o no realizar. Porque esto importa poco a esos palabreros, que sólo quieren hostigar a las masas con palabras vanas e insensatas para que, como un rebaño de ovejas, vayan a las urnas o, como un rebaño de búfalos, vayan a la revolución. Y a eso se le llama democracia".

Con esto llegamos al 13 de julio, es decir, aun no transcurridos los tres meses desde el 14 de abril. Pues bien: en esa fecha leyeron los lectores de "Crisol" otro artículo mío titulado "Hay que cambiar de signo a la República". Y en 9 de setiembre este otro: "Un aldabonazo". Y en 6 de diciembre pudo oírse en el "cine" de la Opera mi discurso sobre "Rectificación de la República". Y el 13 del mismo mes, en las primeras consultas del Presidente recién elegido, fué el que ahora da su grito el único que pidió la formación de un Gobierno sin colaboración socialista, que preveía funesta para la República y para el socialismo. No mucho después, en el periódico antedicho, se imprimieron unos párrafos bajo el lema: "Estos republicanos no son la República", etcétera, etc., etc.

Estos recuerdos precisarán un poco en la mente del lector la fisonomía del que ahora grita "¡Viva la República!", y le harán pensar que, si lo grita, es a sabiendas y a pesar de lo que ha sido durante esta primera etapa la política republicana. Corregirán de paso un error que he oído más de una vez, según el cual yo consideraría haberme equivocado al recomendar en cierta hora a los españoles que se constituyesen en República, que había perdido la ilusión que juzgaba sin remedio la política republicana y demás suposiciones igualmente superficiales. Los datos ahora rememorados, con la impertinencia de sus fechas exactas, demuestran que no me fué necesario esperar a que los gobernantes republicanos de la primera hora comenzasen a desbarrar para saber lo que iban a hacer: que, de tal modo esperaba y presumía por anticipado su descarrío, que me adelanté a insinuar mi discrepancia, como me adelanté a echar en cara a las provincias que iban, por inconsciencia, a elegir diputados indeseables, como me situé, desde luego, y por innúmeras razones, en posición de no actuar durante el primer capítulo de la historia republicana, según hice constar desde mi primer discurso en la Cámara, que fué, entre paréntesis, el primer discurso de oposición a la política del Gobierno. Pero no me interesa



José Ortega y Gasset

La necesaria experiencia del error

= De *Luz*. Madrid. =

Un diario de la mañana ha publicado una crónica telefónica de su redactor en París según la cual don José Ortega y Gasset ha hecho unas declaraciones que aparecen en el diario "Le Jour", y que dicen así:

"—Que se cuenten los votos; España sigue siendo republicana. Las derechas tienen más diputados porque la oposición estaba mejor agrupada que los partidos gubernamentales.

—¿Es usted optimista?

—Sí. Las elecciones consolidarán la República. Las derechas se verán obligadas a gobernar de acuerdo con esta República, bajo cuyo signo han sido elegidas. El aparente desasosiego en que vive España procede de su educación política y porque no ha sabido procurar transacciones. Esta prueba de vitalidad confirma mis esperanzas.

—¿Se seguirá usted desinteresando de la política?

—Desinteresarme, nunca. España no está preparada; espero el buen momento..."

Aclarando esta información, el señor Ortega y Gasset nos envía la carta siguiente:

Señor director de "Luz".

Mi querido amigo:

Hace unos meses, forzado a rectificar unas declaraciones totalmente imaginarias que se me atribuían, advertí en una carta, publicada por varios periódicos, que no reconocería como de mi engendro palabra alguna que no fuese garantizada con mi firma u otro signo de pareja autenticidad. Recuerdo esto con motivo de otras declaraciones que un periódico francés me inflige ahora y algunos españoles trascriben.

Creo en efecto, que la República se conso-

(Pasa a la página siguiente)

de todo esto lo que signifique como demostración vanidosa de capacidad previsora. Lo que me interesa es refutar con esos hechos y con esos datos incontrovertibles el error en que están los que suponen que yo recomendé la instauración de la República "porque" creyese que, desde luego, iban a ir preciosamente las cosas. No sólo no lo creía, sino que—y éste es el motivo de las anteriores recordaciones—no acepto en persona que presuma de alguna seriedad que pretenda juzgar las posibilidades históricas de un régimen por lo acontecido en los dos años y medio después de su natividad. Y es sencillamente grotesco que intenten hacer tal cosa los monárquicos defensores de un régimen extranjero, que no durante dos años y medio, sino durante dos siglos y medio ha maltraído a España en desmedro, decadencia y envilecimiento lamentables y constantes, haciéndola llegar a esta República en un estado tal de desmoralización y de falta de aptitudes por parte de masas y minoría, que él ha sido, en definitiva, la causa de estos dos años y medio pesadillescos.

Porque si han sido tales para el labrador andaluz y para el cura de aldea, no crean estos señores que el que grita ahora "¡Viva la República!" los ha pasado en un lecho de rosas. Durante ellos se me ha insultado y vejado constantemente desde las filas republicanas, y, claro está, también desde las otras. Algunos sinvergüenzas, algunos insolentes y algunos sota-intelectuales que son lo uno y lo otro, y que hasta ahora, por lo que fuera, no se habían resuelto a atacarme, han aprovechado la atmósfera envenenada de esos años para morderme los zancajos. Pero hay más: los hombres republicanos han conseguido que por vez primera después de un cuarto de siglo, no tuviera yo periódico afín en que escribir. Y esto no significaba sólo que me hubiesen quitado la vihuela para mi canción, sino que me planteaba por añadidura los problemas más tangibles, materiales y urgentes. ¿Me entiende el labrador andaluz a quien han deshecho su hacienda y el cura de aldea a quien han retirado su congrua?

Pues con esto termina mi argumento "hominis ad hominem". Este hombre es el que grita ahora: "¡Viva la República!"

Por qué lo grita

¿Lo hará por misticismo republicano? Tampoco. En materia de política no admito misticismo, ni siquiera admito que se sea republicano, como suele decirse, "por principios". Siempre he sostenido que en política no hay eso que se llama principios. Los principios son cosas para la Geometría. En política hay sólo circunstancias históricas, y éstas definen lo que hay que hacer. Yo sostuve hace tres años, y sostengo hoy con mayor brío, que la única posibilidad de que España se salve históricamente, se rehaga y triunfe es la República, porque sólo mediante ella pueden los españoles llegar a nacionalizarse, es decir, a sentirse una Nación. Y esto es cosa infinitamente más importante que las estupideces o desmanes cometidos por unos gobernantes durante la anécdota de un par de años. Ya a estas horas, en estas elecciones, aunque los electores todavía torpes, envían al Parlamento gentes en buena parte tan indeseables como las anteriores, han sentido que actuaban sobre el cuerpo nacional, han despertado a la conciencia de que se trataba de su propio destino. Todavía no han votado por y para la Nación, sino movidos reactivamente por intereses particulares, de orden material o de orden espiritual, la propiedad o la religión —para el caso da lo mismo, porque ambos intereses, aunque sean respetables, son particulares, no son la Nación—. Mas por ahí se empieza, es el aprendizaje de la política que termina descubriendo la Nación como el más auténtico, más concreto y más decisivo interés político, porque es el interés de todos.

Muchas veces, una de ellas en plena Dictadura, he afirmado que la República es el único régimen que automáticamente se corrige a sí mismo, y en consecuencia, no tolera su propia falsificación. La República, o expresa una realidad nacional, o no puede vivir. La República es, quiérase o no, sinceridad histórica, y ésa es la suprema fuerza a que puede llegar un pueblo. Cuando éste ha conquistado su propia sinceridad, cuando cobra esa radical conciencia de sí mismo, nada ni nadie se le puede poner enfrente. Las Monarquías, en cambio, fácilmente se convierten en máscaras que un pueblo se pone a sí mismo, y no le dejan verse y sentirse y ser y a lo mejor bajo el antifaz remilgado de una Corte se van muriendo y pudriendo por dentro.

Estéuse, pues, quedos los monárquicos. Tenemos profundo derecho—¡qué diablo, derecho!—, tenemos inexcusable obligación los españoles de hacer a fondo la experiencia republicana. Y esta experiencia es larga como todo lo que posee dimensiones históricas. Tienen que pasar muchas cosas. Lo primero que tenía que pasar era que vomitasen las llamadas "izquierdas" todas las necedades que tenían en el vientre. Que esto haya acontecido es ya un avance y una ganancia, no es pura pérdida. Ahora pasará que van a practicar la misma operación con las suyas las llamadas "derechas". Luego, España, si desde ahora la preparamos, tomará la vía ascendente.

Como tenemos, pues, la obligación de hacer esa gran experiencia, sépanlo, estamos resueltos a defender la República. Yo también. Sin desplantes ni aspavientos, que detesto. Pero conste: yo también. Yo, que apenas si cruzo la palabra con esos hombres que han gobernado estos años, algunos de los cuales me parecen no ya jabalíes, sino rinocerontes.

Pero ¿qué queríais, españoles? ¿Qué hubiesen estado ahí esperando, armados de punta en blanco, hombres maravillosos para gobernaros? Pero ¿qué habíais hecho antes para tener esos hombres? ¿Creéis que esas cosas se regalan, que lograrlas no supone dolores, esfuer-

---

La necesaria...

(Viene de la página anterior)

lida en estas elecciones, a pesar de cuanto han hecho para evitarlo sus gobernantes y del ningún apego a ella de las oposiciones hoy victoriosas. Esto, precisamente esto es lo curioso del caso y sobre lo que conviene hacer meditar a propios y extraños: un régimen que se va consolidando a pesar de todos los pesares, cuyos defensores son en buena parte sus mayores enemigos y cuyos enemigos tendrán que hacerse, quieran o no, sus defensores.

Hasta aquí no me hubieran molestado nada esas declaraciones "mías", pero luego me hacen decir: "España no está preparada", y esto me saca de mis casillas. Los que me conozcan un poco repararán que expresión tal, aun como mera elocución, no pertenece a mi vocabulario y tiene todo el aire de una pedantería extranjera. ¡Como si la vida fuese cuestión de preparación! ¡Como si no hubiese que vivir, "preparado" o no!

Probablemente el informador ha malentendido esta observación mía que me parece perogrullesca: España, como todos los demás pueblos del mundo para llegar a una etapa verdaderamente constructiva, de sinceridad y edificación, tiene que pasar por una serie de experiencias fallidas, tiene que embarcarse en uno y otro error. Sólo al cabo de sufrir esos tártagos y engañarse a sí misma varias veces respecto a su auténtico sentir, consigue afinar la puntería. Hasta para disparar certeramente un cañón suelen ser inevitables dos tiros fuera del blanco, uno más allá y otros más acá. Ahora bien, es vano, mediante razonamientos previsores, pretender ahorrar a un pueblo esas experiencias del error que, por desgracia o por ventura, necesita hacer en su propia carne y no meramente en discursos y artículos de periódico. Quien comprenda esto, que es tan fácil de comprender, caerá en la cuenta de que en política es preciso saber esperar,—esperar a que la colectividad nacional llegue a la estación en que puede ya iniciarse la vía ascendente y fecunda.

Esto es lo que he dicho al informador forastero y que él ha interpretado atribuyéndome el decir de que España no está "preparada", como si dijéramos, que no se ha examinado de segundo de latín, lo cual me parece una ridiculez.

Lo que, en cambio fuera interesante y hasta urgente es averiguar si ha llegado ya España al punto en que puede comenzar su definitiva ascensión sobre el horizonte histórico—se entiende, España, no el Parlamento que va a abrirse ni los Gobiernos que van a formarse, cuyo porvenir es demasiado poco enigmático.

Aunque sin referirlo al caso presente, en que la buena fe sí que no ha faltado, termino haciendo notar que es verdaderamente odiosa la ligereza con que gentes de fuera llegan a España y pretenden en cinco minutos informarse sobre su secreto destino, sin respetar la singularísima peculiaridad que es siempre cada nación y sin otro ánimo que cobrar sus sueldos y emolumentos a cambio de las imprecisiones que trasmiten. No obstante mi vehemente deseo de ser cortés y hospitalario, va a ser forzoso no recibir informadores extranjeros sin tener antes toda suerte de garantías respecto a su "preparación" en segundo de español.

Le saluda afectuosamente su amigo,

José Ortega y Gasset

zos, angustias a los pueblos? Si queréis regalos, si queréis manteneros en vuestra concepción de la vida estrecha, interesada, sin altitud y sin arrestos, sin anchura de horizonte delante, sin afán de fuertes empresas, sin claridad de cabeza, tenéis que contentaros por los siglos de los siglos con elegir entre don Marcelino Domingo y el señor Goicoechea.

Los republicanos que no eran la República

Los hombres que han gobernado estos dos años y que querían para ellos solos la República, no eran en verdad republicanos, no tenían fe en la República. Como no me refiero a nadie en particular, no tengo por qué hacer las excepciones que la justicia "nominatim" reclamaría. Eran incapaces de comprender que las transformaciones verdaderamente profundas y sustantivas de la vida española, las que pueden hacer de este pueblo caído un gran pueblo ejemplar, son las que el régimen republicano, como tal y sin más, produciría a la larga y automáticamente. Por eso necesitaban con perentoriedad otras cosas, además de la República, cosas livianas, espectaculares, superficiales y de una política ridículamente arcaica, como la expulsión de los jesuítas, la descrucifixión de las escuelas y demás cosas que por muchas razones y en muchos sentidos—conste, en muchos sentidos—han quedado ya bajo el nivel de lo propiamente político. Es decir, que no son siquiera cuestión. Otras, que son más auténticas, y que, quiérase o no, habrá que hacer, como la reforma agraria, tenían que haber sido acometidas bajo un signo inverso, sin desplantes revolucionarios, bajo el signo riguroso de la más alta seriedad y competencia.

Se ha visto que esos hombres, al encontrarse con el país en sus manos, no tenían la menor idea sobre lo que había que hacer con ese país. No habían pensado ni siquiera en la Constitución que iban a hacer, la cual, al fin y al cabo, es lo más fácil, por ser lo más abstracto de la política.

La opinión pública y sus representantes de ahora

Ahora bien: exactamente lo mismo acontece a las fuerzas ahora triunfantes, como tendremos ocasión de ver en los meses próximos. ¿Es que en serio pueden presentarse ante los españoles, como gentes que saben lo que hay que hacer con España, los grupos supervivientes de la Dictadura que la han tenido siete años en sus manos sin dejar rastro de fecundidad y menos después de muerto el único de esos hombres que poseía alma cálida y buen sentido, que era el propio general Primo de Rivera? Y con más vehemente evidencia hay que decir lo propio de los monárquicos.

Como todo esto es un poco absurdo, me es forzoso desde ahora repetir lo mismo que desde la iniciación de la República decía yo a sus gobernantes: que erraban si creían que los electores los habían votado a ellos. Tampoco ahora han votado a los candidatos triunfantes. Han votado sus propios dolores, sus irritaciones, sus afanes, sus imprecisos deseos, pero no a los monárquicos, ni a los dictatoriales, ni a la C. E. D. A., ni a la nebulosa de los agrarios. Los diputados de "derecha" representan hoy, sin duda, una gran porción de la opinión pública, como representaron todavía mayor volumen de ella los que comenzaron a gobernar en julio de 1931. Pero la opinión pública, como las palabras de la sibila, es siempre enigmática y hay que saber interpretarla.

Contra todas las demagogias

Mi grito: "¡Viva la República!" no va, pues, dirigido a ninguna galería. Al contrario: yo lo lanzo hoy contra todas las galerías, contra todas las masas, contra todas las demagogias. Porque la propaganda de "derechas" ha sido tan demagógica, tan vergonzosa y tan envilecedora de las masas como aquella contra la cual protestaba yo en mi discurso de León. No basta tener razón, como la han tenido, en encresparse contra las violencias y la frivolidad de un Gobierno insensato. Es preciso, además, tener razón ante España, ante el decoro nacional, que reclama de todos nosotros desesperados esfuerzos para levantar el nivel moral de nuestra vida pública. Al frenesí del obrerismo va a suceder la exacerbación del señoritismo, la plaga más vieja y exclusiva de España.

Pero, repito, nada de esto que ha pasado y pasa es tiempo perdido e inútil desastre. Todo eso será necesario para que un número suficiente de españoles llegue al convencimiento de que es preciso empezar desde el principio, y, reuniéndose en grupo apretado como un puño, iniciar una política absolutamente limpia y sin anacronismos.

La política de halago a las masas, a cualquier masa, está terminando en el mundo. El fascismo y el nacionalismo son su última manifestación, y a la par, el tránsito a otro estilo de organización popular. Hay que ir más allá de ellos y evitar a todo trance su imitación. Un pueblo que imita, que es incapaz de inventar su destino, es un pueblo vil. El mimetismo de rancias políticas francesas ha sido la "gran viltá" de las "izquierdas". Un pueblo que imita está condenado a perpetuo anacronismo. Tiene que esperar a que los otros ensayen sus inventos, y cuando él quiere copiarlos ya ha pasado la hora de ellos.

La afirmación de la moral y de la Nación

Cada pueblo renace hoy de afirmar lo que más falta le hacía; por eso tiene que descender, en profundo buceo de sinceridad, al sótano de sus angustias, de sus lacras y de sus defectos, y luego emerger de nuevo en un ansia gigantesca de corrección y perfeccionamiento. En España no ofrece duda qué es lo que más falta: moral Es un pueblo desmoralizado en los dos sentidos de la palabra—el ético y el vital—. Sólo puede renacer de una política que comience por ser una moral, una moral exasperada, exigentísima, que reclame al hombre entero y lo sature, que arroje de él cuanto en él hay de encanallamiento, de vileza, de chabacanería, de chiste e incapacidad para las nobles empresas.

Porque es bien claro—basta mirar sobre las fronteras—que tampoco puede hoy la política fundarse en los intereses. Tendrá que contar con ellos, pero no fundarse en ellos. Esa política que hostiga y sirve a los intereses de grupos, de clases, de comarcas es precisamente lo que ha fracasado en el mundo. Uno tras otro, los intereses parciales—el capitalista, el obrerista, el militarista, el federalista—al apoderarse del Estado han abusado de él, y abuso con abuso han acabado por neutralizarse, dejando el campo franco a la afirmación de los valores morales en torno a la idea de Nación.

¿Serán los jóvenes españoles, no sólo los dedicados a profesiones liberales, sino los jóvenes empleados, los jóvenes obreros despiertos, capaces de sentir las enormes posibilidades que llevaría en sí condensadas el hecho de que en medio de una Europa claudicante fuese el pueblo español el primero en afirmar radicalmente el imperio de la moral en la política frente a todo utilitarismo y frente a todo maquiavelismo? ¿No sería ésa la empresa que para el pueblo español —el gran decaído y gran desmoralizado —estaba a la postre guardada? ¿De qué otra cosa podría renacer una raza pobre y de larga, larga experiencia, un pueblo viejo, y que cuando ha sido de verdad lo que ha sido, ha sido, sobre todo, digno? Hablando en serio, y en última lealtad, ¿qué otra cosa puede hacer el español si quiere de verdad hacer algo sino ser de verdad "honrado e hidalgo"?

Eso, por lo pronto. Luego podría ser todo lo demás.

José Ortega y Gasset

Versiones inéditas de Heredia

= *Envío del traductor.* Panamá, R. de P. =

EL OLVIDO

El templo todo en ruinas yace en el desolado
Promontorio, y la Muerte confundió en la aspereza
Diosas de mármol y Héroes de bronce; y la maleza
Que crece solitaria, su gloria ha sepultado.

Sólo un pastor que lleva a beber su ganado
Su caracol tocando, con canto de tristeza
Que llena el horizonte, donde la noche empieza,
Alza su negra forma sobre el azul callado.

La Tierra, dulce madre de los Dioses remotos,
En cada primavera, vanamente elocuente,
Pone nuevos encantos en capiteles rotos;

Pero el Hombre, en el fondo de las noches serenas,
Y al ensueño de abuelos, tranquilo, indiferente,
Oye el Mar que solloza, llorando las Sirenas.

EN "EL LIBRO DE LOS AMORES"

de Pierre de Ronsard

Más de un amante otrora con púdicos sonrojos,
Grabó sobre los árboles de Bourgueil nombre amado,
Y más de uno, del Louvre bajo el artesonado
Tembló ante una sonrisa o el brillo de unos ojos.

Qué importa? Nadie ha dicho su triunfo o sus enojos;
Hace tiempo que yacen en ataud sellado,
Y bajo la alta hierba ninguno ha disputado
Al olvido implacable sus fúnebres despojos.

Todo muere. María, Casandra altiva, Elena,
Sólo polvo seríais del que las tumbas llena,
—Las rosas y los lirios son belleza ilusoria—

Si Ronsard, en el Sena o en el Loira dormido,
Sobre las frentes vuestras no hubiera entretejido
Del Amor con los mirtos el laurel de la Gloria.

LA VIDA DE LOS MUERTOS

Al poeta *Armand Silvestre*

Cuando sobre nosotros la cruz domine alzada,
Y nos brinde la tierra piadosa sepultura,
Florecerá tu cuerpo del lirio en la blancura,
Y brotará en mi carne la rosa ensangrentada.

Y la Muerte divina, que fué por ti cantada,
En su tranquilo vuelo de silencio y dulzura,
Habrá un día de hacernos en la celeste altura,
Por entre nuevos astros, una ruta encantada.

Hasta el sol ascendiendo, su vívida aureola
Fundirá nuestras almas; y serán una sola
De la dicha suprema entre la eterna pira;

Mientras que consagrando al bardo y al amigo,
Viviremos por siempre de la Gloria al abrigo
Entre las mudas Sombras que hizo hermanas la lira.

FLORES DE FUEGO

Siglos después de siglos del Caos, roja y pura
De ese cráter la llama brotó en torrente al día,
Y el fúlgido penacho que hacia el cielo ascendía
A erguidos Chimborazos soprepasó en altura.

Ningún ruido despierta la áspera cima oscura.
A beber van las aves do ceniza llovía,
Y la lava, la sangre de la Tierra, ya fría
Dejó en reposo el suelo, trocada en mole dura.

En tanto, rudo esfuerzo del incendio apagado,
En el borde rugoso del cráter nunca enfriado,
Y estallando en las cumbres de enorme lontananza,

Como un trueno en la calma de las rocas ingentes,
Y entre el polvo de oro del polen que ella lanza
Se abre la flor radiante de los cactus ardientes.

Palique

= *Envío del autor.* Panamá, R. de P. =

Heredia, a pesar de que su obra poética fué escasa, pues no escribió sino ciento catorce sonetos en un lápso de casi cuarenta años de labor (como a tres sonetos por año), es un de los poetas más traducidos a nuestra lengua. Puede decirse que no ha habido poeta, o aspirante a tal, que no haya ocupado sus ocios en trasladar a rima castellana alguno o algunos de los sonetos de "Los Trofeos". Han venido a ser como piedra de toque, o solaz espiritual, en el arte de traducir. El que más ha atraído la atención para el traslado es, sin duda, "Le récif de corail", vertido admirablemente por Guillermo Valencia, Enrique González Martínez y Ernesto O. Palacio, muerto prematuramente para las letras colombianas.

Max Henríquez Ureña, crítico eminente e inspirado poeta dominicano, se ocupaba, según carta de él para el autor de estas líneas, en traducir todos "Les Trophées". No sé si le habrá dado remate a su esfuerzo, que cuando se publique le será agradecido efusivamente por los admiradores del gran poeta cubano-francés.

He leído, con estupor, una traducción íntegra de "Los Trofeos" hecha por el señor Antonio de Zayas, Duque de Amalfi, autor de buenos versos originales. Mejor habría sido, para su buen nombre de poeta, que no hubiera intentado tal versión, que le resultó deplorable. Baste decir que en un soneto, el llamado "Tarde de batalla", escribió "soldados difuntos", para rimar con "juntos"; en pos de la misma consonancia habló de "barruntos de muerte"; y tradujo "ébrecher" por "afilar" en el bello soneto "A un triunfador", desacierto con el que desvirtuó la idea fundamental de esa poesía.

Amontonó en su versión casi todos los prosaísmos de nuestra lengua. Y de poetas escandinavos sí hizo algunas buenas versiones. Pero se enredó en las mallas de Heredia.

Un soneto, talvez el más bello de Heredia, es el intitulado "Les Conquérants". Sin duda la versión que se lleva la palma es la sintética que hizo don Miguel Antonio Caro, en endecasílabos.

Desgraciadamente esa versión, que es una joya, tiene el lunar de que el insigne humanista, poeta y traductor, puso a los conquistadores en "la popa" de los barcos, para rimar con "Europa"; y en la popa, de espaldas, era imposible que

(Pasa a la página 46)

LOS CONQUISTADORES

Como halcones que parten de natal madriguera,
Y contra su orgullosa miseria en rebeldía,
Siervos y Capitanes desde Palos un día
Salieron, y su ensueño, brutal y heroico era.

A la conquista iban, en turba aventurera
Del metal fabuloso que en Cipango se cría.
Y el viento alisio en tanto sus mástiles hacía
Inclinar a las playas de occidental ribera.

Cada noche, esperando mañanas de victoria,
La azul fosforescencia del Trópico encendida
Encantaba su ensueño con miraje de gloria;

O de las carabelas en la proa inclnados
Veían, a lo lejos, desde la mar dormida
Subir nuevas estrellas a cielos ignorados.

MEDALLA ANTIGUA

La púrpura y el oro siempre el Etna madura
Del vino con que Teócrito se vió embriagado un día,
Mas de aquellas que supo cantar, hoy buscaría
Vanamente el poeta la gracia y la hermosura.

De su perfil divino ya sin la forma pura,
Favorita Aretusa o esclavizada, unía
Entre las venas suyas de helénica ardentía,
Al furor sarraceno la angevina dulzura.

Todo pasa; hasta el mármol al fin el Tiempo hiende;
Agrigento ya es sombra; Siracusa se tiende
Bajo el azul sudario de su cielo profundo;

Sólo el metal que dócil y blando el Amor hizo,
En medallas de plata, guarda aún el hechizo
Inmortal de las vírgenes de Sicilia ante el mundo.

LA FUENTE DE JUVENCIO

Juan Ponce de León viendo ya emblanquecida
Su cabeza, de antiguos estudios fatigado,
Y sintiéndose viejo, por el Diablo tentado
Se dio al mar, tras la Fuente que prolonga la vida.

En su Armada, y el alma por un sueño impelida,
Exploró por tres años el mar ilimitado,
Y de pronto, rompiendo bajo un cielo encantado
Su bruma las Bermudas, vio surgir la Florida

Errante, y bendiciendo cansado su locura,
Plantó con mano débil, tras afanoso empeño,
Su pendón en la tierra que fué su sepultura.

Anciano! La esperanza no fué ante ti ilusoria;
La Muerte, a pesar tuyo, más bello hizo tu ensueño,
Pues Juventud eterna te dio por fin la Gloria.

LA FLAUTA

Un vuelo de palomas va en la tarde serena.
Cabrero, nada calma la pasión amorosa
Como el són de una flauta, con música quejosa,
Al rumor de una fuente que entre juncales suena.

Yacemos bajo un plátano, después de la faena.
La yerba es blanda. Deja la cabra caprichosa
Saltar, sorda al cabrito que bala en la fragosa
Roca, de frescos tallos y de botones llena.

Yo, con siete carrizos desiguales que he unido

Con cera, hice mi flauta, y en el bosque dormido
Mi flauta, cuando quiero, ruega, gime o es llanto.

Vén! Sabrás de Sileno la divina armonía,
Y tu queja y suspiros, de la zampoña mía
Volarán por los aires en melodioso canto.

FLOR SECULAR

En la quemada roca que en la rampa se empina,
Do la lava otro tiempo se cuajó en piedra dura,
El grano por el viento llevado hasta la altura,
Cae, y en débil planta bajo el azul germina.

Creció. Y en el abismo de la árida colina
Se nutren sus raíces bebiendo llama oscura;
Y al calor de los soles de un siglo, al fin madura
El botón anchuroso que el fuerte tallo inclina.

Entre el aire radiante que abrasa en sus reflejos,
Bajo el alto pistilo, se abre a la luz, y arroja
El estambre su pólen de oro vivo a lo lejos;

Y para el himeneo que en el silencio ansía,
El gigantesco aloe, de flor luciente y roja,
Tras de vivir cien años, florecó sólo un día.

EL CARPINTERO DE NAZARETH

Quiso el buen Carpintero terminar un estante,
Y encorvado en su banco, desde hora muy temprana,
Escofina y garlopa manejando se afana
Hasta que la madera queda lisa y brillante.

Ha visto muchas veces, con gozo en el semblante,
Que a la sombra de un árbol, ya la noche cercana,
A su lado la Virgen y su madre Santa Ana
A sentarse han venido con el Divino Infante.

En el aire ardoroso no se mueve una hoja,
Y San José el escoplo dejó caer cansado,
El sudor enjugándose que las sienes le moja;

Pero Jesús, la frente cercada de áureo brillo,
Sgue en el fondo oscuro del taller, inclinado,
Viendo virutas de oro volar de su cepillo.

A LAS MONTAÑAS DIVINAS

Geminus servvs Het pro svis conservis.

Ventisqueros azules, duros cerros erguidos
De mármol y pizarra; llanos donde furente
El viento arranca el trigo y el centeno; torrente,
Riscos, lagos, florestas llenas de sombra y nidos!

Antros y negros valles donde los perseguidos
Y desterrados, antes que doblegar la frente
Buscaron lobos y águilas, en un clima inclemente,
Sed benditos! Y sedlo, barrancos escondidos!

Huyendo de la ergástula y duros opresores,
Dedicó el sierro Gémino esta columna un día
A los Montes de la áspera Libertad protectores.

Y en estas cimas, donde la calma hace que vibre
El silencio, en la atmósfera, pura, inviolable y fría,
Parece oírse el grito que lanza un hombre libre.

PARA LA NAVE DE VIRGILIO

Que vuestros vivos astros, desde el cielo sereno,
Oh Dióscuros, protejan de riesgos al divino
Poeta que va a Grecia, desde el solar latino,
A ver brotar las Ciclades en el azul heleno.

Que soplo bonancible, de suave aroma lleno,
Infle, y el leve Yápigo, por seguro camino,
La vela de la nave sobre el mar cristalino,
Y la empujen a playa de hospitalario seno.

Por entre el Archpiélago do el delfín al sol brilla,
Conducid del mantuano cantor la frágil quilla;
Hijo del cisne, préstale luz en su ruta nueva.

La mitad de mi alma va en la nave que zarpa
Y por el mar sagrado do Arión cantó en su arpa,
Al suelo de los Dioses al gran Virgilio lleva.

LA BELLA VIOLA

A vous trouppe légere
Qui d'aile passagere
Par le monde volez...
Joachim du Bellay

En el balcón, de codos, donde se ve el ejano
Camino que va a Italia desde el Loira silente,
Bajo rama de olivo dobla triste la frente,
Ajará la violeta el nuevo albor temprano.

La viola que aún tañe, con fatigada mano,
La soledad encanta de su alma y de su mente,
Mientras vuela su ensueño a quien la olvida, ausente,
Sobre el polvo en que yace el orgullo romano.

De aquella a quien llamaba su dulzura angevina,
En la cuerda vibrante vaga el alma divina,
Cuando la angustia aprieta su corazón en llanto;

Su voz irá en los vientos y llevarán consigo,
Cual caricia, al oído del infiel, este canto
Que hizo para consuelo de un cribador de trigo.

TRANQUILO

C. Plinii Secundi Epist.
Lib. I., Ep. XXIV.

Suetonio, en este campo, risueño y florecido,
Vivió. Vecina a Tibur, su quinta sólo un muro
Conserva aún, en medio de las viñas, y oscuro,
Y cubierto de pámpanos un arco derruido.

Aquí, lejos de Roma, de sus pompas y ruido,
Cada otoño, del cielo al último azul puro,
A vendimiar venía su viñedo maduro.
Monótona, tranquila, su vida aquí ha corrido.

En medio de esta calma, con pastoral encanto,
Nerón, Claudio y Calígula, obsesión de su mente
Fueron, y Mesalina bajo purpúreo manto;

Y aquí, con férrea punta, cual juez de raza rea,
En la cera implacable arañando paciente,
Grabó los negros ocios del viejo de Caprea.

LA DESTERRADA

Montibus...
Garri Deo...
Sabinula...
V. S. L. M.

En este valle agreste, do vives desterrada
Por César, a la roca musgosa, en el camino
Que va al Ardiego, llegas, y al fulgor vespertino
La sien doblas, por nieve prematura argentada.

Vuelves a ver tu quinta, tu juventud amada,
Al Flamen rojo y su albo cortejo peregrino,
Y para consolarte de tu solar latino,
Oh Sabinula, al cielo diriges la mirada.

Hacia el Gar de las piedras calcáreas, bajo el cielo
Azul, tardías águilas, por amplios horizontes,
Tus sueños familiares van llevando en su vuelo;

Y sola, sin que veas que una esperanza asoma,
Y triste, altares alzas a los sagrados Montes,
Cuyos Dioses más próximos te consuelan de Roma.

EL CABRERO

Oh pastor, no prosigas por ese agrio camino
Los saltos de ese cabro. Déjalo. En la ladera
Donde nos da el estío morada placentera,
Tu esperar es inútil al fulgor vespertino.

Quedémonos. Tendremos higos rojos y vino.
Habrá de despertarnos la aurora en la ribera.
Habla paso. Los Dioses nos hallarán doquiera.
Hécate está mirándonos con su mirar divino.

En aquel antro oscuro donde el viento se agita,
El Sátiro, demonio de estos sitios, habita;
Salir podría acaso si oye nuestras palabras.

¿No escuchas en sus labios cantar el caramillo?
Es él. Sus dobles cuernos lucen dorado brillo,
Y al claro de la luna hace danzar mis cabras.

PERSEO Y ANDROMEDA

Su vuelo el Caballero pára en la bullidora
Espuma, ya vencidos el monstruo y la Medusa.
Manando baba y sangre, entre mezcla difusa,
Lleva asida a la virgen, rubia como la aurora.

Desde el corcel divino, que entre la mar sonora
Piafa, salta y relincha, y proseguir rehusa,
A la amada desciende, que en sus brazos, confusa,
A su vez le sonríe, y se lamenta y llora.

La abraza. El agua inquieta, bajo la luz radiante,
Los envuelve. Ella, en tanto, en la grupa guarece
Sus bellos pies, que huyendo besa una ola errante.

Mas Pegaso, al azote de una onda, irritado,
Se alza al oír el grito del Héroe, y estremece,
De un salto con sus alas, el cielo deslumbrado.

Ismael Enrique Arciniegas

Palique...

(Viene de la página 44)

vieran, según la imagen grandiosa de Heredia, subir las estrellas del mundo a donde iban:

...Penchés a l'avant des blanches caravelles
Ils regardaient monter dans un ciel ignoré
Du fond de l'océan des étoiles nouvelles.

El agentino Leopoldo Díaz es autor de buenas traducciones de algunos poetas ingleses y franceses, pero una versión de Heredia hecha por él, "El Cidno", tiene graves defectos en un verso—el segundo—que tradujo así:

"El trirreme de plata sobre el Cidnus camina."

En primer lugar, "trirreme", en masculino, es barco de tres remos, y "trirreme", en femenino, es barco de tres filas de remos, y en una barca así iba Cleopatra al encuentro de Antonio; en segundo lugar, no se dice "Cidnus", en español, sino "Cidno", y, en tercer lugar, un barco no camina, sino "boga", 'va' o 'navega'. Y no faltará algún discípulo de don Rafael M. Baralt, aferrado a la pureza de nuestra lengua, que diga que el "sobre" del verso copiado es galicismo. Serían, en total, cuatro errores, lo que francamente es excesivo.

También en el soneto "El prisionero" el señor Díaz, si no recuerdo mal, dejó "arnaute" en francés, en vez de haber traducido esa palabra por "libanés" que es la versión exacta.

Después de que publiqué en París mi libro "Traducciones Poéticas", en que recogí 125 versiones, algunos críticos y poetas españoles e hispano-americanos se mostraron sorprendidos, en público o privadamente, de no haber encontrado en mi obra versiones de Heredia. Efectivamente no había ninguna y no por olvido u omisión voluntaria. A algunos, en cartas, les expliqué el motivo. Siendo muchacho intenté traducir dos sonetos de Heredia, que vi en una revista francesa; y todos mis esfuerzos resultaron inútiles. Editado el libro de Heredia, acometí la tarea de traducir otros sonetos de él, y me declaré vencido, no obstante que desde mis años de colegio he creído tener alguna facilidad para poner en rimas españolas producciones extranjeras.

Y no es porque Heredia sea oscuro o incomprensible, o porque en español no pueda un traductor verter su idea completa. Es porque los sonetos de él, debido a que son muy leídos en todas partes, se prestan fácilmente al cotejo con el original; y todo el que conozca medianamente el texto encontrará sin dificultad omisiones de adjetivos o alguna sustitución que, en concepto del lector, pueden cambiar, aunque sea ligeramente, el pensamiento primitivo. No acontece eso cuando se traducen poesías de autores de segundo orden, o que no están a la mano sino de contadas personas, muy versadas en literaturas extranjeras.

Otra causa de mi retraimiento de otras épocas para enfrentarme con Heredia se basaba en la circunstancia de que un soneto, en español, es muy exigente. El autor de "Les Trophées", según críticos, escogía con anticipación rimas raras que amoldaba a esbozos o planes que coincidieran con ellas, y ese deporte espiritual que no es difícil para el poeta que se fija en determinado tema, no puede ser adoptado por quien traduce. Téngase también en cuenta que un alejandrino francés no dabe en uno castellano y que la lengua francesa abunda en mayor cantidad de rimas no comunes que la nuestra, porque las consonancias en español son de "vista", si se exceptúa la rima de 'b' y 'v', y en francés son de "oído". En eso nos encontramos en situación de inferioridad, lo mismo que los italianos, respecto de las demás lenguas. Otra traba que tenemos para que un soneto resulte armonioso en español es el exceso impertinente de asonancias, contra el que un poeta de oído delicado tiene que luchar.

Pero sucedió que hace unos tres años, debido a forzado aislamiento por alguna indisposición de salud, no tuve a mano sino la versión de "Les Trophées", del señor Zayas, y dolido de las inexactitudes y prosaísmos del traductor, pedí el original. Comparé sonetos, y por ensayo me di a la tarea de poner algunos en español. Para ceñirme con rigor al texto vertí unos cinco en la forma de sonetos que los franceses llaman "libertinos", es decir, los de rimas distintas en los cuartetos; pero después reflexioné que debía someterme a la forma tradicional, por respeto a Heredia. Deshice lo hecho, y con la ordenación tradicional de consonancias puse en español treinta, que con seis más, traducidos posteriormente, son los que publica hoy, en su importante revista "Cultura Nacional", el distinguido literato señor don Guillermo Andreve y que forman parte de mi libro inédito "Lira Extranjera".

Contra la opinión de muchos, no soy partidario del traslado en prosa de poesías extranjeras. En prosa, aunque sea elegante, se queda mucho de lo alado, de la música ideal de toda poesía. El que traduce debe formarse la idea, aunque sea presuntuosa, de que trata de hacer labor semejante, en forma, idea y música, a la del poeta que quiere interpre-

Al recordar a Delmira Agustini...

(Viene de la página 40)

llardas promesas de la ciencia uruguaya.

Y aquí termina la lista, no incluyéndose en ella el monumento a José Pedro Varela, el ilustre reformador de la enseñanza primaria en el Uruguay, porque el trabajo del escultor español Blay entra en la categoría de los grandes monumentos montevideanos, al frente de los cuales figura indudablemente el de Artigas, en la plaza de la Independencia, obra soberbia del eminente maestro Angelo Zanelli y cuya estatua ecuestre, al decir de los entendidos, puede catalogarse entre las más bellas que existen en el mundo.

Sobra, pues, sitio en nuestros paseos públicos, para que en ellos puedan ser recordadas en el mármol o en el bronce otras figuras uruguayas sobre cuyo valer ya se ha pronunciado la historia o que, desaparecidas no hace muchos años del escenario de la vida, han dejado tras sí obra que no puede ser ya discutida. Entre las primeras, pueden citarse las de ciudadanos tan ilustres como Francisco Antonio Macial, el gran benefactor y patriota, que mereció el título de "Padre de los Pobres"; Dámaso Antonio Larrañaga, que, como su colega don Manuel Pérez Castellano, fué fundador de la Biblioteca Nacional, destacándose, además, ambos presbíteros, por sus investigaciones científicas; Francisco Acuña de Figueroa, el poeta satírico y epigramático, el "Quevedo rioplatense", a cuya pluma se deben las vibrantes estrofas del Himno Nacional; Teodoro Vilardebó, el sabio filántropo que fué "la encarnación de la ciencia médica llevada hasta el sacrificio de la vida en el ejercicio de su augusto sacerdocio"; Adolfo Berro, el poeta que cantó las desgracias de la Humanidad y de la Patria y que fué arrebatado a la vida cuando sólo contaba 22 años; Eduardo Acevedo, el eminente jurisconsulto y periodista, fallecido en tierra argentina; Teófilo Daniel Gil, que fué modelo de altivez ciudadana para la juventud de su tiempo, y que cayó defendiendo sus ideales de libertad en la triste jornada del Quebracho, cuando la patria tanto podía esperar de su talento y de sus virtudes...

Esta lista podría ser aumentada con los nombres de Juan Carlos Gómez, el gran periodista de arrolladora pluma; José Pedro, Gonzalo y Carlos María Ramírez, esos tres hermanos que fueron tres grandes personalidades de la política, del foro, de la diplomacia y del periodismo; de Angel Floro Costa, el ático panfletista; de Julio Herrera y Obes, que, no obstante sus errores políticos, fué uno de los talentos más preclaros de la tierra oriental.

En época más próxima a la actual tenemos, entre otras figuras eminentes, a José Enrique Rodó (en primer término), el gran ensayista y literato que es una de las más puras glorias de las letras americanas; a Julio Herrera y Reissig, el maravilloso poeta de "Los peregrinos de piedra"; a Florencio Sánchez, el inolvidable bohemio que dió a la escena daramática rioplatense obras de muy recia envergadura; a Antonio Bachini y a Dermidio De María, que fueron maestros de periodistas; a José Alonso y Trelles, el poeta gauchesco que bajo e seudónimo de "El Viejo Pancho" enriqueció con tan bellas composiciones originales la lírica del terruño uruguayo...

Vengan, pues, en buena hora, pequeños monumentos que recuerden a todas esas figuras, porque así, no sólo se demostrará que Montevideo no sabe hacer distingos en su gratitud, sino también porque ello dará motivo a los escultores nacionales para emplear sus hoy casi adormecidas actividades.

Luis Scarzolo Travieso

Montevideo, noviembre de 1933.

tar. Las versiones en prosa serán útiles para quien estudia Latín, Griego o cualquier otra lengua, pero desvirtúan, en el dominio de la Belleza, lo que es esencial en la obra que se traduce, sobre todo si se trata de poesías menores. ¿A qué quedarían reducidas, en prosa, poesías como "Booz dormido", de Víctor Hugo, "El Cinco de Mayo", de Manzoni; "Las Campanas" y "El Cuervo" de Poe, o "El Lago" de Lamartine? Y tratándose de composiciones muy conocidas hasta el metro y la forma estrófica del original deben conservarse. Un soneto de Heredia, verbigracia, haría sonreír en silva o en romance, como todos nos hemos sonreído leyendo las traducciones de "El cinco de Mayo", en silva, hechas por los españoles Cañete y Rodríguez Rubí.

Estoy en un todo de acuerdo con el eminente argentino, magnífico poeta y traductor de Leopardi, señor Calixto Oyuela, cuando decía a otro eximio poeta y traductor, señor Carlos Obligado:

"Soy un firme creyente en las traducciones en verso, contra todos sus detractores. Entre la "aproximación" y el "calco" escueto y seco, cabe, a mi juicio, la verdadera "traducción", artísticamente fiel, que reproduce con brío e inspiración propia, despertada al contacto de la emoción y la belleza original, las ideas, imágenes, estilo, entonación y fisonomía del modelo, en otra lengua y otro verso. Claro está que para ello se requieren facultades poéticas y artísticas, en el traductor, afinidades de espíritu con el poeta traducido o consonancia aunque sea eventual, de estados de alma; fuera del buen conocimiento de ambas lenguas, y la de cierta habilidad sutil, y aún "astucia", para llegar a la verdadera fidelidad: No por literalismos ciegos, sino por equivalencias y analogías, procurando columbrar cómo habría expresado el autor sus ideas, imágenes y sentimientos, de haber escrito en la lengua a que se traduce".

Estas versiones, como todas las que he publicado en libro y las que guardo inéditas, que forman un total de más de 250, tendrán defectos, que soy el primero en reconocer, pero no se olvide que, como lo dice Benedetto Croce, en su "Estética", "toda traducción es imposibe si se lleva el propósito de efectuar el trasvasamiento de una expresión a otra, como el del líquido de un recipiente a otro recipiente distinto". "Así", continúa, "la traducción que merece el nombre de buena, es una aproximación que tiene valor original de obra de arte, y que puede vivir independientemente".

Una traducción en verso no puede ser jamás un calco. La que sea así tendrá indefectiblemente la tacha de defectuosa, o de "hórrida", según calificación del eminente Gómez Retrepo, porque las palabras de un idioma no tienen siempre un mismo número de sílabas en otro, y las rimas no coinciden, sino por señalada excepción, en algunas lenguas afines. Hay en español, por ejemplo, algunas versiones que se acercan mucho al original como las del catalán señor Maristany, pero esas traducciones no son poesías ni son versos. Más que "traducciones" son "traiciones". El polvo de las alas se ha ido en el viento, y sólo ha quedado, en la visión espiritual, algo deforme, y talvez repugnante.

"Exactitud en la libertad" ha sido mi lema como traductor, y a ese lema me he ceñido siempre. Pero no libertad para adulterar, sino para que el traslado se amolde, en emoción artística, a la índole y a la armonía de mi lengua.

Ismael Enrique Arciniegas

Panamá, agosto de 1933.

También por Espasa Calpe, S. A. Madrid:

Miguel de Unamuno: *El otro.* Misterio en tres jornadas y un epílogo.

Eduardo de Ontañón: *El cura Merino.* Su vida en folletín. Tomo 37 de la famosa serie «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX».

═══

La Embajada de México en España, saca unos «Cuadernos Mexicanos» muy útiles. Nos llega el último de ellos:

Manuscritos sobre México en la Biblioteca Nacional de Madrid. (Sacado del Catálogo de Manuscritos de América, de don Julián Paz).

═══

Por las «Ediciones Pax», Colección de autores Mexicanos, Santiago de Chile, 1933:

Atenea Política, por Alfonso Reyes.

═══

Andre Devaux: 83, Rue d'Alsace. Clichy (Seine) ha publicado *Armando Godoy* en las «Editions des Portiques». París.

═══

Donación del autor:

Estrella del día, por Jaime Torres Bodet. Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1933.

═══

De Christian Couderc:

La derniere epopée. Toulouse. Editions de «La vie Elegante & Litteraire», 1932.

Con esta advertencia: Au nord du continent américain, une puissance de proie s'est organiseé: lentement, elle absorbe le nouveau monde latin. *Il faut que cela cesse.* Frères latins d'Amérique, une voix française vous crie: *«¡Faites de cette pensée votre DELENDA CARTHAGE!».*

Extractos y otras referencias de estas obras, se darán en próximas ediciones.

Noticia de libros

(Registro semanal, extractos y referencias de los libros y folletos que se reciban de los Autores y las Casas extranjeras).

En preciosa edición nos llega el No. 2 de *Número,* Revista literaria de Guillermo Jiménez, México D. F., invierno 1933-34. Con escritos de Alfonso Reyes, Gus Bofa, André Warnold, Carlos Pellicer, Massimo Bontempelli. Dibujos de Jules Depaquit.

═══

Concha Espina ha reunido sus versos en un tomo muy bien impreso por la Editorial Hernando de Madrid, con el título de *Entre la noche y el mar.*

═══

Una biografía de *José Artigas,* protector de los pueblos libres, la ha sacado Alberto Lasplaces en el tomo 38 de las «Vidas españolas e hispanoamericanas del siglo XIX», Espasa Calpe, S. A. Madrid, 1933.

═══

Tablero

—1934—

Un conferenciante ilustre, cuyo nombre no hace al caso, pronunció en una capital de Andalucía una de sus policromadas charlas.

El artista, en un exceso de dicción, y después de un estudiado inciso, declamó, recargando la pronunciación de la v, las siguientes frases:

—La vvida vvuelvve...

A lo que un espectador de arriba contestó con el mismo tonillo:

—¡¡Vvvaina!!

(Luz. Madrid)

———

Don Francisco de Quevedo estuvo preso en San Marcos de León;... Don Francisco de Quevedo salió tullido de su prisión.

Una de las más hermosas obras de Quevedo es la titulada "Política de Dios, Gobierno de Cristo, tiranía de Satanás". Poseo, querido compañero, una edición de Milán de 1626, el mismo año en que salió la primera edición española de Zaragoza. De la "Política de Dios" seguramente mandará hacer don Juan March una espléndida edición crítica, una edición en honor del insigne Quevedo. No olvide usted que el capítulo XVII de la edición primera, que corresponde al XXI de la edición rehecha por el mismo Quevedo, lleva este título: "Quién son ladrones y quién son ministros, y en qué se conocen". Asunto muy interesante, puesto que una cosa y otra se confunden a veces. Capítulo del más alto interés; léalo usted; léalo. ¡Ya verá usted qué soberbia edición crítica vamos a hacer!—**Azorín**

(La Libertad. Madrid)

EDITOR:
J. García Monge
Correos: Letra X
Suscrición mensual: ₡ 2-00

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Desde que Garrison fundó su *Liberator* no hubo paz en la Unión: ¡cómo crecen las ideas en la tierra!—*José Martí.*

Representante en Hispanoamérica:
Alfredo Piñeyro Téllez
EXTERIOR: (El semestre, $ 3.50 / (El año, $ 6.00 o. am.
Giro bancario sobre Nueva York.

"El dolor de escribir"

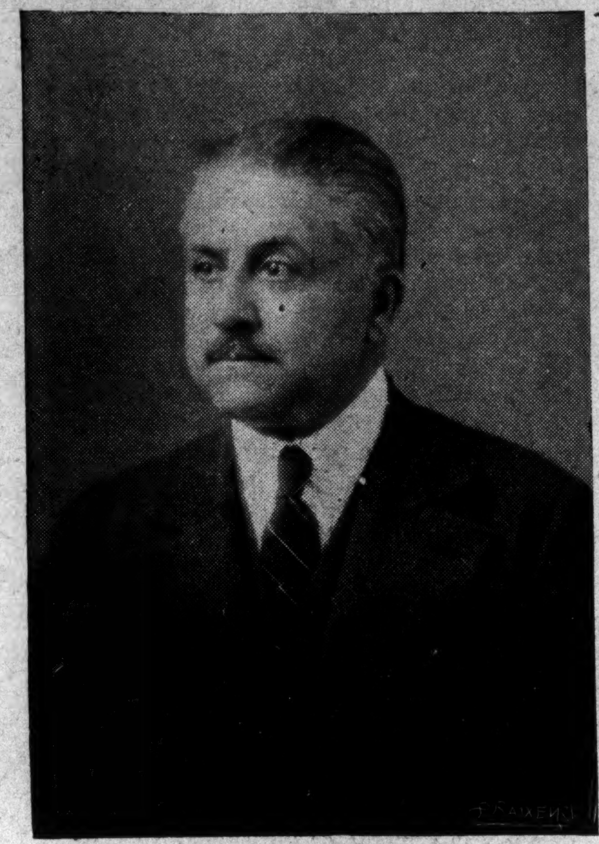
Ultimo libro de Manuel Ugarte

= *Envío del autor.* Buenos Aires, Rep. Argentina. =

La ingratitud es la virtud más evidente de nuestra América Hispana; no me equivoco, escribo **virtud.** Parece que fuera un elemento vital para nuestra existencia. La historia desde la Conquista hasta nuestros días no me deja mentir. ¿Que la ingratitud edifica monumentos efímeros? Es como si me dijeran que la fortuna no procura más que satisfacciones pasajeras. La ingratitud, como el dinero, no tienen buen ambiente de boca para afuera, pero la mayor parte del mundo cultiva a una y trata de dar caza al otro. Y basta de prólogo.

Se me ocurre esto de la ingratitud de nuestra América, a propósito de un libro de Manuel Ugarte, acabado de llegar con título que lastima: "El dolor de escribir".

Creo que a pocos de nuestros contemporáneos se ha hecho tanta injusticia como al abanderado de la, para muchos, utópica confederación hispanoamericana y portaestandarte de la lucha contra el imperialismo. No quiero discutir la cantidad de razón que le asista, ni si, nuevo Quijote, Ugarte ve gigantes donde no hay más que molinos de viento; pero sí quiero afirmar rotudamente, que el autor de "El destino de un Continente" hizo lo que hizo, publicó lo que publicó y gritó lo que gritó, movido **únicamente** por una convicción desinteresada e impulsado **exclusivamente** por un



Manuel Ugarte

ideal muy bello y muy noble. ¿Que tal "chifladura" no puede procurar más que sinsabores? Ya lo sabemos. Cristo murió en la cruz por hacer y decir algunas cosas desentonadoras en su tiempo. Y después del mártir del Gólgota los hubo y los hay de toda importancia y en toda latitud. La historia lugareña de cada una de nuestras Repúblicas aporta su buena lista de fusilados, asesinados, arruinados y desterrados que hoy se vengan desde lo alto de un pedestal en las plazas de nuestras ciudades, del asesino olvidado en el oprobio, del pueblo engañado por los que encumbrara su ignorancia, de la época estulta que no comprendía. Yo acabo de ver en Buenos Aires, placas conmemorativas, bustos modestos y hasta estatuas pedestres de amigos personales que, al empezar mi carrera literaria, murieron en la miseria, calumniados, ignorados, escarnecidos. Cuidado. ¿No les parece a ustedes que es tiempo de que la ingratitud sea considerada, por lo menos, como un defecto nacional?

Manuel Ugarte ocupa en las letras continentales un puesto cuya importancia no puede negarse. ¿Cómo, entonces, después de arruinarse por el bien de veinte pueblos, en el umbral de los sesenta años, este hombre necesita buscar en el mapa inmenso,—que él soñó sin divisiones coloreadas,—la ciudad hospitalaria, el periódico acogedor o la mano amiga capaz de sacarlo de la angustiosa situación en que se encuentra actualmente? ¿Será verdad lo que se viene repitiendo de frontera en frontera, que Ugarte es víctima de una confabulación organizada por todos aquellos que desenmascaró y combatió?

"El dolor de escribir" es un libro profundamente desconsolador, a pesar de la cantidad de anécdotas espirituales y hasta cómicas que encierra en sus doscientas páginas; no es un grito, como pudiera haber sido, es una queja suave acompañada de una sonrisa que desea ser irónica o resignada y que resulta una mueca dolorosísima.

Cuando Ugarte realizó su paseo triunfal a través de América, las multitudes lo aclamaron... ¿Cómo puede decir ahora que está aislado, sitiado y acorralado en el mundo? La calumnia, el silencio confabulado, la persecución muda, el arrinconamiento pausado... y el olvido está ahí, remedando a la muerte, dispuesto a recibirlo en los brazos para ahogarlo.

Manuel Ugarte honra a la República Argentina en el extranjero. ¿Nada puede hacer ella para que este hijo pródigo, idealista y lírico deje de sentir, en su carne y en su espíritu, el mudo y trágico **dolor de escribir?**

Alejandro Sux

Imprenta «LA TRIBUNA»